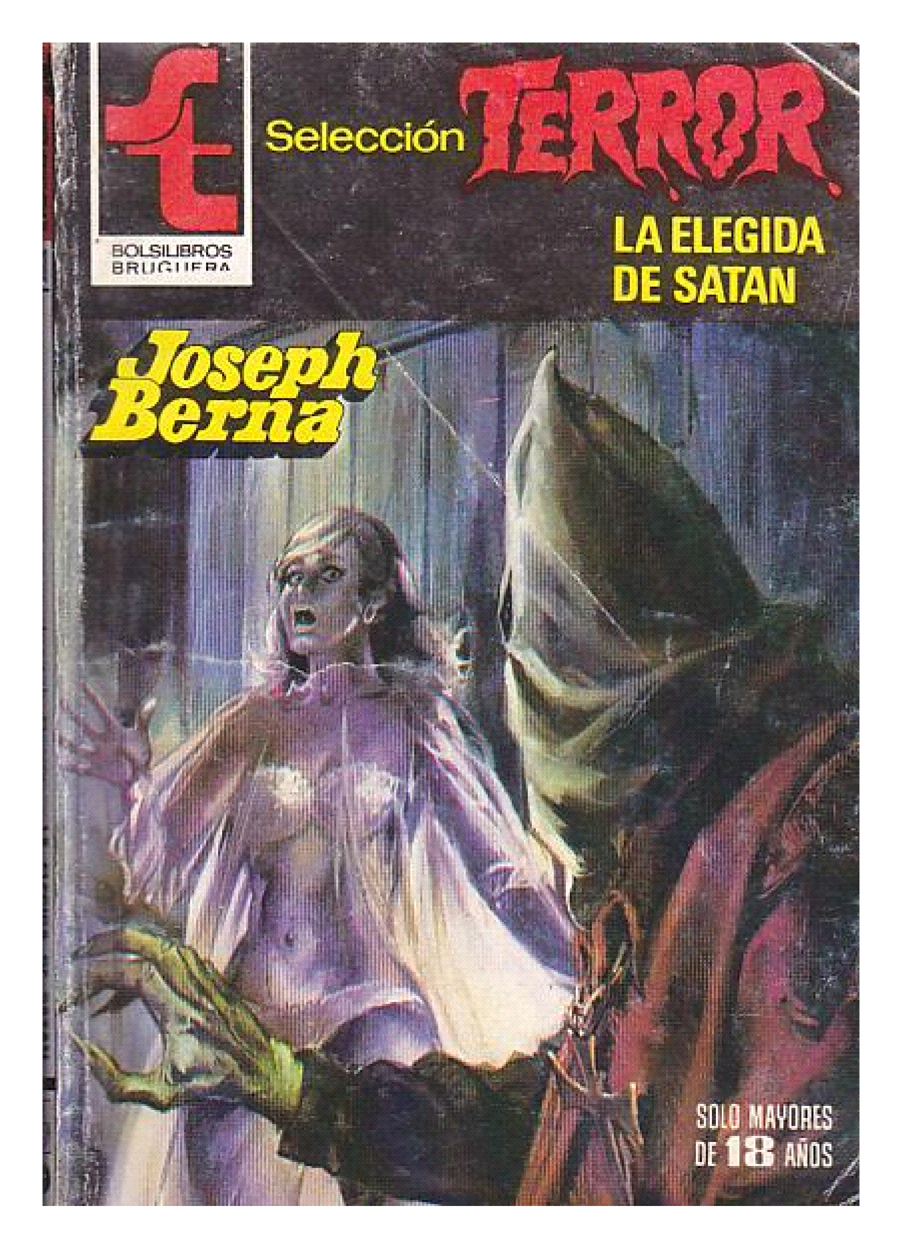
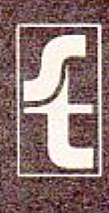

BOLSILIBROS BRUGUERA
Selección TERROR
LA ELEGIDA DE SATAN
Joseph Berna
SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



Selección TERROR
BOLSILIBROS BRUGUERA
LA ELEGIDA DE SATAN
Joseph Berna
SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



SELECCION TERROR

JOSEPH BERNA

LA ELEGIDA DE SATAN

Colección SELECCION TERROR n.° 501 Publicación semanal
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES · CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

496 — *Tormenta mental,* Lou Carrigan

497 — *Estirpe de vampiros,* Clark Carrados

498 — *Noche de horror y de muerte,* Ada Coretti

499 — *Los hijos de Satán,* Ronald Mortimer

500 — *La casa de las arañas,* Clark Carrados

ISBN 84-02-02506-4 Depósito legal: B. 30.025-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1. a

edición: octubre, 1982

2. a

edición en América: abril, 1983

Todos los personajes *y* entidades privadas que aparecen en esta novela, asi como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

Brigitte Coster regresaba de Orleáns, en donde vivía una tía suya, a la que visitaba muy de tarde en tarde. Y no porque no le gustase hacerlo, sino porque difícilmente encontraba tiempo para ello.

Brigitte trabajaba en una oficina y, por las noches, así como durante los fines de semana, estudiaba idiomas, pues no se conformaba con ser una simple mecanógrafa.

Quena mejorar, y una buena manera de lograrlo era aprender lenguas extranjeras.

Ya casi dominaba totalmente el inglés, y se defendía bastante bien con el español y el alemán. Unos cuantos meses más de estudios y podría afirmar que hablaba perfectamente tres idiomas, además del francés, que ése no había tenido que estudiarlo, porque era su lengua.

Brigitte Coster tenía veintidós años de edad, el pelo castaño y los ojos verdes. Poseía un rostro bonito y una figura atractiva, esbelta, proporcionada, que solía atraer las miradas masculinas.

Por esta razón, a Brigitte le llovían las invitaciones para asistir a bailes, fiestas, reuniones de amigos y demás, pero ella, aunque se sentía muy halagada, las rechazaba todas, por las razones anteriormente expuestas.

Brigitte tenía un «Renault 5-GTL», color verde oliva, y lo conducía con seguridad.

Llevaba una buena marcha, aunque sin rebasar nunca los límites de velocidad permitidos.

Dentro de media hora, aproximadamente, estaría en París.

De no ocurrir nada anormal, claro está.

Pero ocurrió.

Y fue algo de lo más anormal, además.

Un suceso asombroso.

Realmente increíble.

Ocurrió al aproximarse a un desvío de los varios que existían en aquella carretera.

El «Renault» de Brigitte, sin que éste realizara maniobra alguna giró a la derecha y tomó el desvío.

La muchacha, lógicamente, se llevó un susto tremendo.

Lo primero que pensó fue que se había distraído con algo y que, sin darse cuenta, había metido su coche por aquel camino.

—¿En qué diablos estabas pensando, Brigitte...?

—se recriminó a sí misma, en voz alta, al tiempo que pisaba el pedal del freno.

No sirvió de nada.

El coche siguió rodando a la misma velocidad.

Brigitte se aterró.

—¡Me he quedado sin frenos! —gritó, pisando repetidamente el pedal.

Fue inútil.

El «Renault» siguió su marcha.

Y no sólo eso, sino que no obedeció ninguna orden de su conductora.

No respondía a maniobra alguna.

El volante no servía de nada.

Tampoco el cambio de marchas.

Todo parecía haberse averiado.

El pánico de Brigitte Coster aumentó considerablemente.

—¡Dios mío!, ¿qué está pasando? ¡Nada funciona! ¡Mi coche parece haberse vuelto loco! ¡Voy a estrellarme...!

Era lógico pensarlo, sí.

El «Renault» podía salirse en cualquier momento de aquel solitario camino y estrellarse contra alguno de los árboles que se veían a un lado y otro del mismo.

Afortunadamente, no fue así.

El coche rodaba seguro, como pilotado por unas manos invisibles.

Brigitte Coster se dio cuenta de ello al ver que el vehículo tomaba perfectamente las curvas.

¡Se diría que estaba siendo teledirigido!

Este pensamiento, lejos de tranquilizar a Brigitte, la aterrorizó más.

¿Qué le ocurría realmente a su coche?

¿Quién lo conducía?

¿Adónde llevaría aquel camino?

Brigitte no supo qué responderse.

Parecía estar viviendo una pesadilla.

¿Sería solamente eso, un mal sueño...?

Brigitte se pellizcó el brazo para ver si sentía algo.

Sintió dolor.

No, no estaba soñando.

¡Aquello estaba sucediendo de verdad!

De pronto, apareció una casa a lo lejos.

El camino conducía a ella.

Misteriosamente, el «Renault» empezó a perder velocidad.

Segundos después, se detenía frente a la casa.

Una casa grande, antigua, bastante deteriorada, que daba la impresión de estar abandonada.

En seguida se vio que no era así, pues la puerta se abrió lentamente, con agudo chirriar de goznes.

Brigitte Coster clavó sus asustados ojos en la puerta de la casa, pero no vio a nadie.

¡Se estaba abriendo sola!

Brigitte intentó poner el coche en marcha, pero no hubo manera.

El motor se negaba a arrancar.

Brigitte miró de nuevo la puerta.

Se había abierto totalmente y podía verse el amplio vestíbulo, débilmente iluminado por las velas de un candelabro que colgaba de la pared.

Evidentemente, había alguien en la casa.

Las velas no podían haberse encendido solas.

Brigitte no se atrevía a salir del coche, aunque comprendía que tampoco en él podía sentirse demasiado segura, puesto que le era imposible ponerlo en movimiento.

Si alguien le atacaba, no podría huir.

Tal vez fue eso lo que la animó a salir del «Renault» y entrar en la casa. El peligro, suponiendo que lo hubiera, sería el mismo dentro que fuera de la casa.

Por otra parte, la única manera de averiguar lo que estaba sucediendo, era entrar en la casa.

Brigitte Coster no era, ni mucho menos, una chica valiente, pero tenía que descubrir la verdad, para bien o para mal.

En el vestíbulo no había nadie.

Lo que sí había era polvo en cantidad.

Hacía años que allí no había limpiado nadie.

De repente, la puerta se cerró de golpe.

Al ver la puerta cerrada, se abalanzó sobre ella e intentó abrirla.

Fue inútil.

Brigitte la golpeó con sus puños.

—¡Abran! ¡Abran, por favor! —gritó, presa del pánico.

—Tranquilízate Brigitte —dijo de pronto una voz.

La muchacha se giró en el acto, descubriendo al hombre que acababa de surgir al fondo del vestíbulo. Era alto y corpulento.

Brigitte no pudo saber más, ya que el individuo se cubría la cabeza con una capucha negra y vestía una túnica roja, tan larga, que rozaba sus pies. De su cuello, pendía una gruesa cadena dorada con una cruz en posición invertida.

El encapuchado avanzó unos pasos.

Brigitte pegó su espalda contra la puerta y arañó la madera con sus uñas.

—¡No se acerque! —chilló.

El hombre de la túnica roja se detuvo.

—Cálmate, Brigitte. No voy a hacerte ningún daño.

—¿Quién es usted? ¿Cómo sabe mi nombre? ¿Por qué se cubre el rostro?

—Soy un adorador de Satán.

—¿Adorador de...?

—Sí, del poderoso Satán, del rey de los Infiernos. Este es su símbolo —el encapuchado se tocó la cruz invertida—. El símbolo del Anticristo.

El terror impidió hablar a Brigitte.

El adorador del Demonio explicó:

—Satán te ha elegido a ti, Brigitte. El, con su infinito poder, ha guiado tu coche aquí.

Debes sentirte orgullosa, dichosa, feliz.

—¿De qué? —acertó a balbucear la joven.

—De que el poderoso Satán te haya elegido a ti, entre tantas y tantas mujeres como hay en París.

—¿Para qué... para qué me ha elegido?

—Para que le des un hijo.

Brigitte Coster sintió que las rodillas le flaqueaban.

—¿Un hijo…?

—Sí.

—¿Yo?

—Sí.

—¡Eso es imposible!

—¿Por qué?

—¡No estoy casada!

El adorador de Satán rió bajo el negro capuchón.

—Las mujeres solteras también pueden tener hijos, Brigitte. Y de hecho los tienen.

De nada le sirvió resistirse.

Los adoradores de Satán la colocaron sobre la mesa de sacrificios, la desnudaron completamente, y la sujetaron por las muñecas y los tobillos con las correas.

Después, ellos se desnudaron también y se arrodillaron en tomo a la mesa. Con las capuchas puestas, empezaron a canturrear algo en una lengua extraña.

Brigitte se agitaba con desesperación sobre la mesa de sacrificios, sin dejar de chillar como una posesa, lo que hizo que su hermoso cuerpo desnudo brillara muy pronto a causa del sudor.

Las correas resistieron perfectamente los tirones que daba la muchacha, quien no tardó en agotarse y resignarse a su suerte.

Una suerte tan horrible como inevitable, pues nada ni nadie podía salvar a la infortunada Brigitte Coster.

CAPITULO II

Gastón Drut, médico de la empresa en donde trabajaba Brigitte Coster, contaba solamente treinta y un años de edad. Era un tipo alto, pues rozaba el metro ochenta, poseía una envidiable constitución física, tenía el pelo oscuro y rizado, y las facciones agradables.

Se encontraba en su despacho, examinando unas radiografías, cuando llamaron a la puerta. Gastón dejó las placas sobre su mesa y acudió a abrir.

—Buenos días, doctor Drut.

—Hola, Brigitte.

—¿Puedo pasar, o está ocupado en este momento?

—No, no tengo a nadie. Pasa, Brigitte.

—Gracias.

Brigitte Coster entró en el despacho.

Gastón cerró la puerta y observó a la joven.

—¿No te sientes bien, Brigitte?

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Pues, entre otras cosas porque, si no tuvieras algún problema con tu salud, no hubieses venido a verme — respondió Gastón, sonriendo.

Brigitte Coster sonrió también, aunque más levemente.

—Tiene usted razón, doctor Drut.

—Te encuentro un poco pálida.

—Sí, he perdido color.

—Y tienes ojeras.

—También me he dado cuenta.

—¿No duermes bien por las noches?

—Regular. Sufro pesadillas y me despierto varias veces.

—¿Algún problema durante el día?

—Sí, sufro mareos repentinos. Esta mañana, sin ir más lejos, me caí en redondo al salir de la ducha. Y no piense que resbalé.

—Sufriste un desvanecimiento, ¿eh?

—Exacto.

—Eso es más serio que lo de las pesadillas.

—Lo sé. Por eso he venido a verle, sin dejar de pasar un solo día más. Quiero que me examine, doctor Drut, y me diga qué es lo que me pasa.

—Trataré de averiguarlo, no te preocupes.

—Gracias.

—Entra ahí, quítate la ropa, y tiéndete en la mesa de exploraciones. Te haré un reconocimiento completo.

—Sí, doctor —sonrió ligeramente Brigitte, y pasó al otro lado de los bastidores que dividían el despacho médico.

Empezó a desnudarse.

—¿Te hiciste daño en la caída, Brigitte? —preguntó Gastón.

—No, tuve suerte. Sólo me di un ligero golpe en la cadera. Me la friccioné con alcohol, y apenas me duele.

—Me alegro.

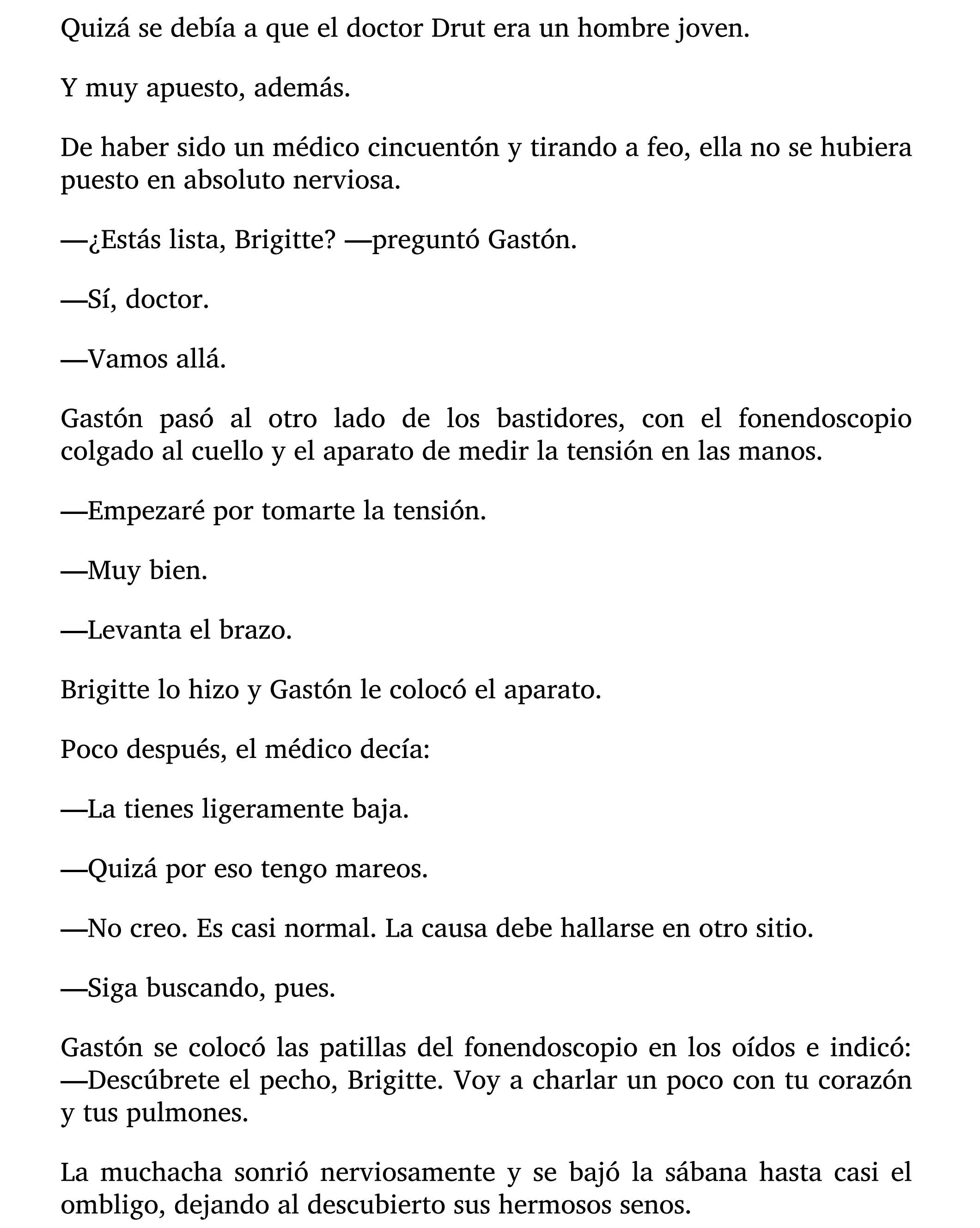
Brigitte acabó de desvertirse, se tendió sobre la alargada mesa de exploraciones y se cubrió hasta el cuello con la sábana, dejando los brazos fuera.

Sabía que era una tontería cubrirse hasta tan arriba, pues, para poder reconocerla a fondo, el doctor Drut tendría forzosamente que retirar la sábana y la vería desnuda.

No sería tampoco la primera vez.

Cada seis meses, todos los empleados de la empresa tenían que someterse a un reconocimiento completo, así que el doctor Drut ya los había visto desnudos a todos, hombres y mujeres.

A pesar de ello, Brigitte no podía evitar el ponerse nerviosa.



Quizá se debía a que el doctor Drut era un hombre joven.

Y muy apuesto, además.

De haber sido un médico cincuentón y tirando a feo, ella no se hubiera puesto en absoluto nerviosa.

—¿Estás lista, Brigitte? —preguntó Gastón.

—Sí, doctor.

—Vamos allá.

Gastón pasó al otro lado de los bastidores, con el fonendoscopio colgado al cuello y el aparato de medir la tensión en las manos.

—Empezaré por tomarte la tensión.

—Muy bien.

—Levanta el brazo.

Brigitte lo hizo y Gastón le colocó el aparato.

Poco después, el médico decía:

—La tienes ligeramente baja.

—Quizá por eso tengo mareos.

—No creo. Es casi normal. La causa debe hallarse en otro sitio.

—Siga buscando, pues.

Gastón se colocó las patillas del fonendoscopio en los oídos e indicó:
—Descúbrete el pecho, Brigitte. Voy a charlar un poco con tu corazón y tus pulmones.

La muchacha sonrió nerviosamente y se bajó la sábana hasta casi el ombligo, dejando al descubierto sus hermosos senos.

Gastón le aplicó el fonendoscopio justo debajo de la mama izquierda, que rozó involuntariamente con sus dedos.

—Te has estremecido, Brigitte.

—Es que la cajita del fonendoscopio está fría.

—¿Sabes lo que parece tu corazón?

—¿Qué?

—Un tambor.

—¿Y eso es grave, doctor Drut...?

—Oh, no, tranquilízate. Sólo indica que estás nerviosa.

—Es cierto. Nerviosa... y asustada.

—¿Por qué?

—Yo jamás había estado enferma, doctor Drut. Es la primera vez que tengo problemas físicos. Y tengo miedo, no puedo evitarlo.

—¿Qué significan esos arañazos, Brigitte?

—¿Qué arañazos?

—Los que tienes en los senos y sus alrededores.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Es la verdad, doctor. El lunes por la mañana, cuando me levanté de la cama, ya los tenía. Debí causármelos yo misma, supongo.

—¿Tú misma...?

—Mientras dormía. Recuerdo que esa noche no me puse el camisón. Y tuve las primeras pesadillas. Unas pesadillas horribles, doctor. Sin duda me agité en la cama, y como tengo las uñas bastante largas...

—Entiendo.

Gastón siguió auscultando a la muchacha.

Brigitte, cada vez que la mano del médico rozaba sus senos, acusaba el breve contacto; no podía evitarlo. Por suerte, el doctor Drut debía pensar que sus perceptibles estremecimientos se debían al frío contacto de la cajita del fonendoscopio.

Un par de minutos después, Gastón comunicaba: —Tus pulmones y tu corazón están perfectamente, Brigitte.

—Qué alegría.

—Puedes subirte la sábana.

Brigitte se cubrió el pecho.

Gastón preparó los estribos de la mesa de exploraciones y rogó: —Coloca las piernas aquí, Brigitte.

La joven enrojeció, adivinando que el doctor Drut iba a examinarla íntimamente.

Tampoco sería la primera vez, pero...

Brigitte se esforzó por disimular su nerviosismo e hizo lo que le indicaba el médico, que ya se estaba colocando unos guantes de goma, muy finos.

Gastón inició la exploración de los órganos internos de la muchacha, suave y hábilmente, para no causarle ningún daño.

A pesar de ello, fueron unos minutos muy difíciles para Brigitte, que veía aquella situación de un modo muy distinto a como la veía el doctor Drut.

Cuando el reconocimiento del aparato genital femenino concluyó, Gastón se irguió y dijo:

—Mis sospechas se han confirmado, Brigitte. Estás embarazada.

CAPITULO III

Brigitte Coster puso unos ojos como platos.

—¿Qué estoy qué...? —exclamó, todavía con las piernas descansando en los estribos.

—Embarazada —repitió el médico, mientras se despojaba de los guantes de goma.

—¡No es posible...!

—Vaya si lo es.

—¡Tiene que estar equivocado, doctor Drut!

—No, no lo estoy. Y puedes bajar las piernas de los estribos. El examen ha terminado — hizo saber Gastón.

Brigitte Coster bajó las piernas lentamente e irguió el torso, quedando sentada en la mesa de exploraciones. Como lo hizo de una manera maquinal, olvidó sujetar las sábanas y ésta resbaló, dejándola con los pechos al aire.

Ella ni se enteró.

Se hallaba demasiado atónita como para darse cuenta de nada.

Gastón carraspeó suavemente y dijo:

—Ya te ausculté el pecho, Brigitte.

—¿Qué?

—La sábana, se te ha caído.

Brigitte se miró el pecho y descubrió que sus senos estaban al aire.

—¡Oh! —exclamó, levantando la sábana y apretándola contra su pecho desnudo—. No me había dado cuenta.

—Sí, eso supuse —sonrió Gastón—, Puedes vestirte, Brigitte —indicó, haciendo ademán de pasar al otro lado de los bastidores.

—¡Doctor Drut!

—¿Sí, Brigitte...?

—Espere un momento, por favor.

—¿Qué quieres?

—Ha sido una broma, ¿verdad?

—¿El qué?

—Lo de que estoy embarazada.

—¿Cómo iba yo a gastarte una broma así?

—¡Es imposible, doctor Drut!

—Explícame por qué, anda —rogó Gastón, cruzándose de brazos.

—¿Sabe cuánto hace que no mantengo relaciones íntimas?

—Dímelo tú.

—¡Más de tres años!

—¿Qué te parece si lo dejamos en tres meses?

—¿Cómo?

—Eso es, aproximadamente, el tiempo que tiene tu hijo.

Brigitte abrió la boca, absolutamente perpleja.

—¿Tres meses, dice...?

—Así es.

—¡Imposible!

—¿Por qué razón?

—¡El mes pasado tuve la regla!

—Sería la de cálculo.

—¡La de cuernos!

Gastón tosió.

—No te enfades, mujer. Era sólo una broma.

—¡No estoy para bromas, doctor!

—Lo siento, Brigitte, pero es que eso de que el mes pasado tuvieras la regla...

—¡La tuve! ¡Y el mes anterior!]Y el otro! |Y todos, desde que me hice mujer! ¡No he tenido una sola falta!

—Será de ortografía.

—¡De porras! —rugió Brigitte, saltando de la mesa de exploraciones.

Quiso envolver con la sábana su cuerpo desnudo, pero como lo hizo furiosa, se armó un lío y la sábana le cayó al suelo.

Gastón se apresuró a recogerla.

—Permíteme, Brigitte. Y disculpa el chiste.

La enfurecida muchacha le arrebató la sábana de un zarpazo y se la enrolló al cuerpo, gritando:

—¡No le disculpo nada!

—Se me escapó, de verdad. Lo mismo que a ti la sábana.

—¡Ha tomado mi caso a pitorreo, doctor Drut!

—Por favor, no digas eso.

—¿Qué quiere que piense, después de oírle decir lo de la regla de cálculo y las faltas de ortografía?

—Era dos chistes muy fáciles, y no pude resistir la tentación de hacerlos. De haber sabido que iban a molestarte tanto...

—¡Los hubiera soltado igual!

—No, palabra que no.

—¡Me ha estado tomando el pelo desde el principio, confiéselo!

—En todo caso, tú a mí.

—¿Yo a usted...?

—Dices que hace más de tres años que no has mantenido relaciones íntimas, y estás embarazada de tres meses. Aseguras, además, que el mes pasado y el anterior tuviste la regla normalmente. ¿Cómo se

explica todo eso, Brigitte...?

—¡No sé cómo se explica, pero es la pura verdad!

—Es imposible, Brigitte, y tú lo sabes tan bien como yo.

—¡Naturalmente que lo sé! ¡Por eso dije que está usted equivocado! ¡No puedo estar embarazada, ni de tres meses, ni de dos, ni de uno!

—Lo estás, créeme.

—¡Hace años que no me acuesto con un hombre, se lo repito!

—Quieres encubrirlo, ¿verdad?

—¿A quién?

—Al padre del hijo que esperas.

Brigitte Coster se tiró del pelo con desesperación.

—¡Ay, Dios, voy a volverme local

—O te vuelves tú o me vuelves a mí — rezongó Gastón.

—¡No estoy encubriendo a nadie, doctor Drut, se lo juro!

—Brigitte, los arañazos que tienes en el pecho demuestran que este fin de semana estuviste con un hombre.

—¡No es cierto! ¡Fui a visitar a mi tía!

—¿Tía?

—¡Sí, una tía que tengo en Orleáns! ¡Con ella pasé el fin de semana! ¡Si no me cree, llámele por teléfono y ella se lo confirmará! ¡Le daré el número, si quiere!

—¿Cuándo volviste de Orleáns, Brigitte?

—¡El domingo por la tarde!

—¿A qué hora llegaste a París?

—¡De noche, supongo!

—¿Es que no lo recuerdas?

—¡No!

—¿Cómo es posible?

—¡Estaba cansada, doctor! ¡Llegué a casa, me acosté en seguida y me dormí como un tronco!

—Sin el camisón…

—¡Sí!

—¿Sueles acostarte desnuda?

—¡No!

—¿Por qué lo hiciste esa noche, entonces?

—¡No lo sé!

—¿No será que había un hombre esperándote en tu cama?

—¡No!

—Hicisteis el amor apasionadamente, y él te arañó el pecho.

—¡No hice el amor con nadie!

—Era el padre del hijo que se está formando en tus entrañas.

—¡No, no, no!

—Confiésamelo todo, Brigitte. Te sentirás mejor, créeme.

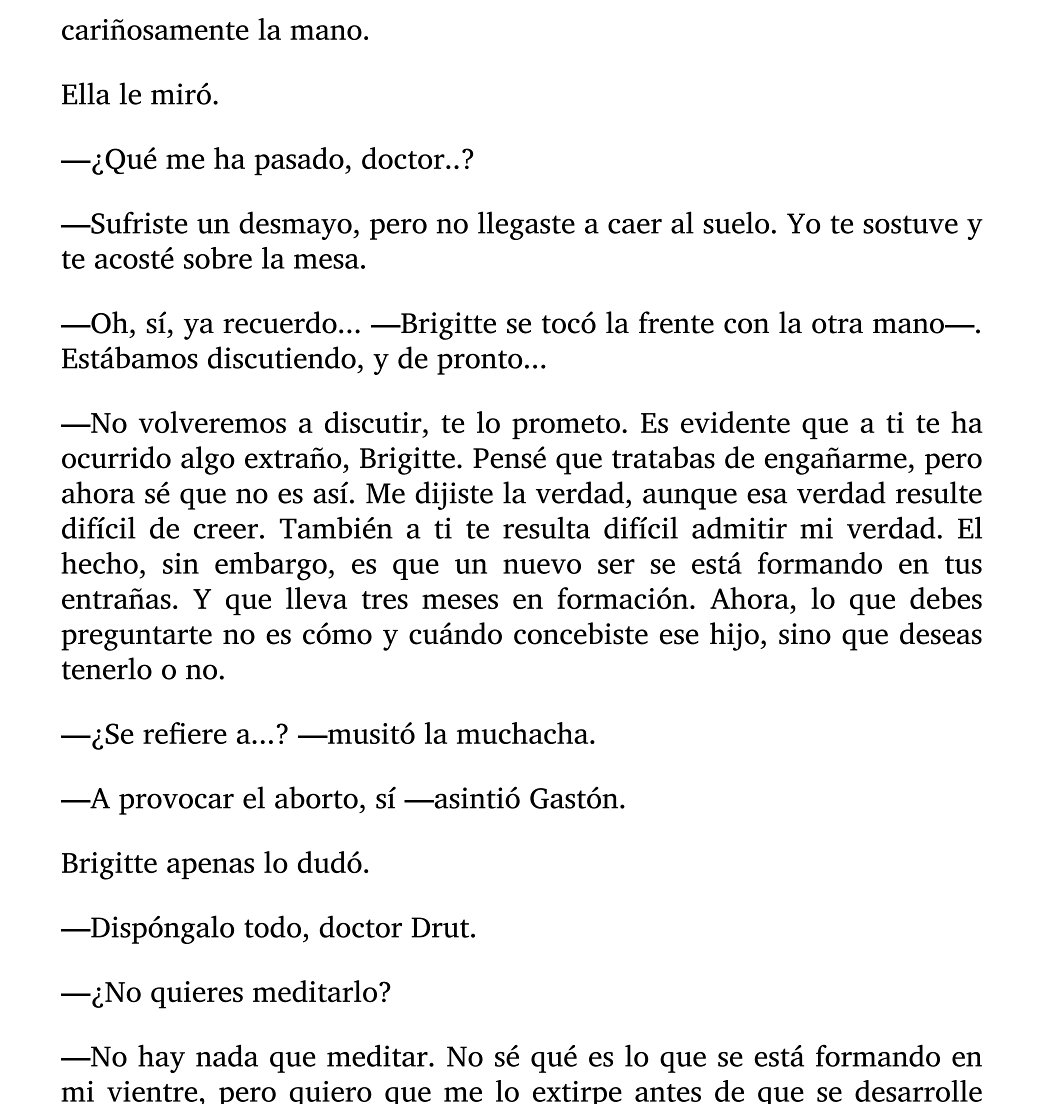
—¡Le odio, doctor Drut, le…!

Brigitte Coster no pudo seguir hablando, porque sufrió un repentino desvanecimiento y se desplomó.

*

Cuando Brigitte Coster abrió los ojos, se encontró de nuevo tendida en la mesa de exploraciones.

—¿Te sientes mejor, Brigitte? —le preguntó Gastón Drut, cogiéndole



cariñosamente la mano.

Ella le miró.

—¿Qué me ha pasado, doctor..?

—Sufriste un desmayo, pero no llegaste a caer al suelo. Yo te sostuve y te acosté sobre la mesa.

—Oh, sí, ya recuerdo... —Brigitte se tocó la frente con la otra mano—. Estábamos discutiendo, y de pronto...

—No volveremos a discutir, te lo prometo. Es evidente que a ti te ha ocurrido algo extraño, Brigitte. Pensé que tratabas de engañarme, pero ahora sé que no es así. Me dijiste la verdad, aunque esa verdad resulte difícil de creer. También a ti te resulta difícil admitir mi verdad. El hecho, sin embargo, es que un nuevo ser se está formando en tus entrañas. Y que lleva tres meses en formación. Ahora, lo que debes preguntarte no es cómo y cuándo concebiste ese hijo, sino que deseas tenerlo o no.

—¿Se refiere a...? —musitó la muchacha.

—A provocar el aborto, sí —asintió Gastón.

Brigitte apenas lo dudó.

—Dispóngalo todo, doctor Drut.

—¿No quieres meditarlo?

—No hay nada que meditar. No sé qué es lo que se está formando en mi vientre, pero quiero que me lo extirpe antes de que se desarrolle más.

—Muy bien. Esta misma tarde ingresarás en la clínica del doctor Moreau. Y mañana, a primera hora, serás intervenida por él.

—Creí que iba a encargarse usted personalmente de mí, doctor Drut.

—Podría hacerlo, si fuera necesario, pero prefiero que te opere el doctor Moreau. Es un excelente cirujano. Yo siento una profunda admiración por él. Tengo el honor, además, de ser su amigo.

—Todo saldrá bien, ¿verdad?

—Por supuesto que sí.

—¿Cuándo podré volver a casa?

—Sólo estarás en la clínica un par de días. El sábado y el domingo. El lunes por la mañana, podrás abandonarla.

—¿Y venir a la oficina...?

—¿Por qué preguntas eso?

—Si no falto el lunes al trabajo, no tendré que dar ninguna explicación. Y sería muy embarazoso para mí tener que darla, doctor Drut.

Gastón sonrió.

—No te preocupes, Brigitte. Si el lunes no estuvieras en condiciones de acudir al trabajo, yo me encargaré de justificar tu ausencia de manera que no te perjudique lo más mínimo.

—Gracias por todo, doctor Drut.

—No hay de qué.

—Bien, creo que ya es hora de que me vista.

—¿Podrás hacerlo tú sola?

—Espero que sí.

—Si necesitas ayuda, dímelo.

—No me lo imagino subiéndome las braguitas y ajustándome el sujetador —sonrió la muchacha.

Gastón rió.

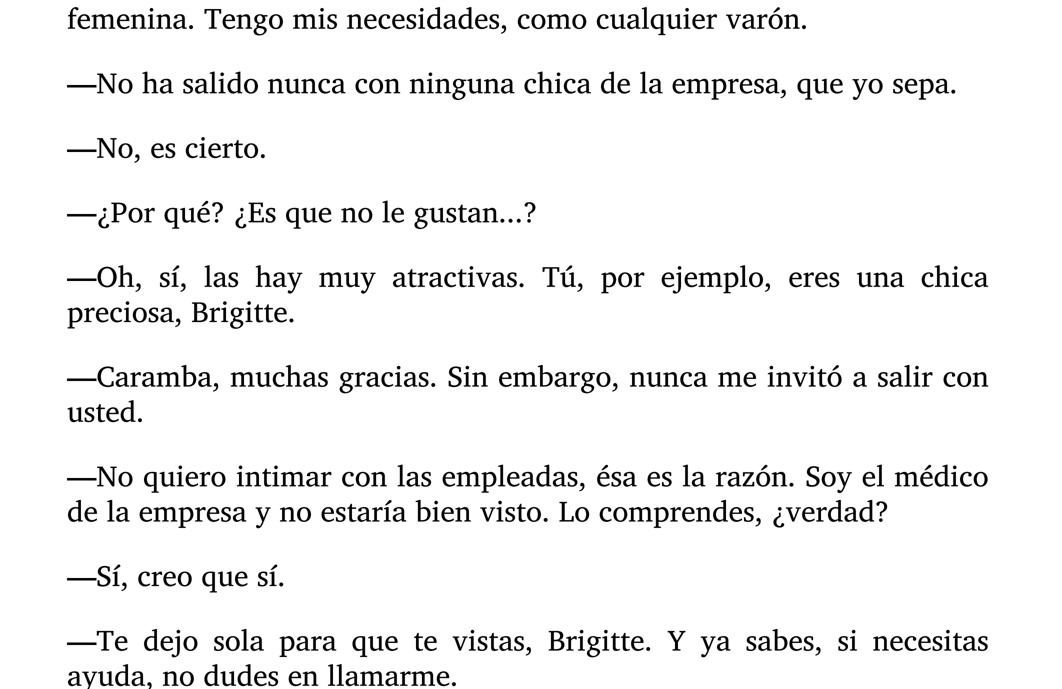
—La verdad es que los hombres tenemos más práctica en quitar esas prendas que en ponerlas, pero...

—¿Usted también...?

—¿Por qué no?

—Bueno, yo pensé que usted, debido a su profesión, no...

—Soy un hombre como los demás, Brigitte. Y no estoy casado. Es normal, pues, que de cuando en cuando me procure compañía


femenina. Tengo mis necesidades, como cualquier varón.

—No ha salido nunca con ninguna chica de la empresa, que yo sepa.

—No, es cierto.

—¿Por qué? ¿Es que no le gustan...?

—Oh, sí, las hay muy atractivas. Tú, por ejemplo, eres una chica preciosa, Brigitte.

—Caramba, muchas gracias. Sin embargo, nunca me invitó a salir con usted.

—No quiero intimar con las empleadas, ésa es la razón. Soy el médico de la empresa y no estaría bien visto. Lo comprendes, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

—Te dejo sola para que te vistas, Brigitte. Y ya sabes, si necesitas ayuda, no dudes en llamarme.

—De acuerdo —sonrió la joven.

CAPITULO IV

Aquella misma tarde, al término de su jomada laboral, Brigitte Coster ingresó en la clínica del doctor Moreau, quien le fue presentado por Gastón Drut.

El propio Gastón la había llevado en su coche, un «Alpine Á-310», de color azul. Antes, habían pasado por el apartamento de Brigitte, para que la muchacha cogiera lo indispensable.

Julien Moreau frisaba los cuarenta y cinco años de edad, era de estatura media, más bien delgado, y tenía el cabello gris.

Gastón le expuso el caso de Brigitte, sin añadir ni omitir nada.

El doctor Moreau, lógicamente, se quedó perplejo al oír que la muchacha afirmaba no haber mantenido relaciones sexuales desde hacía más de tres años, no haber tenido una sola falta en su menstruación y que, a pesar de ello, se hallaba embarazada de tres meses.

—Eso es totalmente imposible, Gastón... —murmuró.

—Lo sé, Julien.

—¿Estás seguro de que es un feto humano lo que encontraste en el útero de Brigitte...?

—¿Qué otra cosa podría ser?

—Un tumor, por ejemplo.

Gastón negó con la cabeza.

—Es un feto, Julien.

—Tendré que examinar a Brigitte para convencerme.

—Hazlo.

—¿No te importa someterte a un nuevo reconocimiento, Brigitte?

—Desde luego que no, doctor Moreau —respondió la muchacha.

—Entra en ese cuarto y desvístete —indicó Julien, señalando una puerta.

Brigitte obedeció.

En el cuarto había una mesa de exploraciones.

Brigitte se desnudó y se acostó en ella, cubriéndose con la sábana.

Poco después, era reconocida por el doctor Moreau, quien confirmó: —Tenías razón, Gastón. Es un feto humano y tiene unos tres meses.

—Ya te lo dije, Julien.

El doctor Moreau miró a Brigitte Coster.

—¿Insistes en no haber mantenido relaciones íntimas en los últimos tres años, Brigitte?

—Se lo juro, doctor Moreau. Si las hubiera mantenido, se lo diría. Y aceptaría al hijo que se está formando en mis entrañas. No me asusta ser una madre soltera, hay muchísimas en Francia. Y en todo el mundo. Si no deseo tenerlo, es porque lo he concebido misteriosamente, sin haberme acostado con un hombre, sin haber hecho nada de nada con nadie. Y, por si fuera poco, no se ha interrumpido mi menstruación. Parece cosa de brujas.

El doctor Moreau lanzó un suspiro.

—Está bien, Brigitte. Mañana por la mañana te intervendré, y ya no tendrás que preocuparte por la misteriosa concepción de ese ser que se alimenta en tu útero con tu sangre.

Brigitte Coster se hallaba ya instalada en una de las habitaciones de la moderna clínica del doctor Moreau, por lo que Gastón Drut decidió despedirse de ella.

—Adiós, Brigitte.

—¿Se marcha ya, doctor Drut?

—Sí, aquí ya no tengo nada que hacer.

—Bueno, puede charlar conmigo.

—Me encantaría, pero te conviene dormirte pronto y descansar muchas horas.

—¿Volverá por la mañana?

—Desde luego. Quiero estar presente en la intervención.

—Me sentiré más tranquila si sé que usted está a mi lado.

—¿Por qué?

—Confío mucho en usted, doctor Drut.

—¿A pesar de mis chistes?

Brigitte rió.

—Ahora me hacen gracia, ya ve.

—Me gusta tu risa, Brigitte.

—¿Sólo mi risa…?

—Y muchas cosas más.

—Si no fuera usted el médico de la empresa, le pediría que me diese un beso.

—Eso está hecho —sonrió Gastón, y se lo dio.

—Gracias, doctor Drut.

—Soy yo quien debe dártelas a ti.

—Muy galante.

—Hasta mañana, Brigitte.

—Adiós, doctor Drut.

Antes de abandonar la clínica, Gastón Drut quiso hablar de nuevo con el doctor Moreau.

—Julien…

—¿Te marchas, Gastón?

—Sí, pero antes quisiera tener un cambio de impresiones contigo, ahora que Brigitte Coster no se halla presente.

—Quieres saber lo que opino, ¿eh?

—Sí.

—Te lo diré, Gastón. Pienso que Brigitte Coster tuvo una terrible

experiencia sexual. Una violación, o algo así, que la dejó profundamente traumatizada. Fruto de esa unión, que ella no deseaba, es el hijo que se está desarrollando en sus entrañas. Y como Brigitte no deseaba esa unión íntima, ahora tampoco desea traer al mundo ese hijo. Lo odia, porque le recuerda lo que ocurrió el día que lo concibió y quiere destruirlo.

—¿Entonces, crees que miente...?

—No, Brigitte no miente. Conscientemente, al menos. Es su subconsciente el que la obliga a mentir. La hace olvidar que tuvo esa forzada relación sexual, que está embarazada, e incluso la hace creer que su menstruación no se ha interrumpido.

—Si tu teoría es cierta, Brigitte tiene serios problemas psíquicos...

—Y tan serios. Pero espero que se le solucionen con la operación.

—Yo también. Brigitte es una buena chica, merece ser feliz.

—Lo será, ya verás.

—Hasta mañana, Julien.

—Estarás en el quirófano cuando opere a Brigitte, ¿verdad?

—Naturalmente.

—Estupendo.

Gastón salió del despacho médico del doctor Moreau y abandonó la clínica.

*

Por la mañana, temprano, Gastón Drut volvió a la clínica.

Tras saludar al doctor Moreau, subió a la habitación que ocupaba Brigitte Coster. Dio unos golpes en la puerta y la muchacha le autorizó a entrar.

Gastón abrió la puerta y penetró en la habitación.

—Buenos días, Brigitte.

—Hola, doctor Drut.

—¿Cómo has pasado la noche?

—Muy mal.

—¿Y eso…?

—Tuve una pesadilla espantosa.

Gastón se sentó en la cama y cogió las manos de la joven entre las suyas.

—¿Qué soñaste, Brigitte?

—Algo que hizo que me despertara con los pelos de punta. Y todavía los tengo así.

—¿Tan horrible fue?

—Espantoso, ya se lo he dicho.

—Cuéntemelo.

—Soñé que el ser que llevo en mis entrañas, o lo que sea, no se dejaba destruir.

—¿Que no se dejaba…?

—No, no quería que el doctor Moreau lo arrancase de mis entrañas. Rugía como un animal, se agitaba dentro de mí, causándome unos dolores terribles. Y el doctor Moreau, aterrorizado, no se atrevía a provocar el aborto.

Gastón notó que a él también se le erizaba el vello.

—La pesadilla se las traía, desde luego —murmuró.

—Estoy muy asustada, doctor Drut.

Gastón le oprimió las manos cálidamente.

—No tienes por qué, Brigitte. Sólo fue un sueño.

—Lo sé, pero…

—Te dormirán antes de operarte y no sentirás ningún dolor. Cuando despiertes, ya habrá pasado todo y te encontrarás de nuevo en esta habitación, tranquila y relajada.

—¿Le veré a usted cuando abra los ojos, doctor Drut?

—Aquí estaré, te lo prometo.

—No sé cómo darle las gracias.

—¿Seguro que no…?

—Sí, creo que sí —sonrió Brigitte, y le besó en los labios.

CAPITULO V

Brigitte Coster yacía sobre la mesa de operaciones, completamente desnuda bajo la sábana, las piernas descansando en los estribos, en posición de parto.

Noelle Pascal, la enfermera que iba a ayudar al doctor Moreau en la operación, había anestesiado ya a la paciente, que dormía profundamente.

Noelle era una morenita de rostro agraciado y formas esbeltas. Sólo tenía veinticuatro años, pero era una enfermera muy eficiente, lo cual le había permitido ganarse la confianza del doctor Moreau.

El experto cirujano se hallaba dispuesto para iniciar la intervención.

—Bien, vamos allá —dijo, hablando a través de la mascarilla.

—Esmérate, Julien —pidió Gastón Drut, ataviado también con la correspondiente mascarilla.

—Descuida, Gastón. Sé que sientes un cariño especial por esta muchacha.

—Lo que a ti se te escape...

El doctor Moreau rió y tomó el aparato ginecológico que le ofrecía su enfermera, cuya función consistía en mantener abierta la vagina de la paciente para poder proceder seguidamente a la dilatación del cuello del útero mediante la introducción de una serie de cánulas de diámetro progresivamente superior.

Justo en el instante en que el cirujano se disponía a colocar el aparato, se escuchó una especie de sordo gruñido.

El doctor Moreau interrumpió su acción y se irguió.

—¿Qué ha sido eso?

—A mí me ha parecido un gruñido, doctor... —murmuró Noelle, tan sorprendida como el cirujano.

Moreau miró a Drut, no menos perplejo que ellos.

—¿Lo has emitido tú, Gastón?

—Te aseguro que no, Julien.

—Pero lo has oído también, ¿verdad?

—Sí, muy claramente.

—Habrá sido Brigitte, pues.

—Brigitte está dormida, Julien. Y bien dormida, además.

—Tuvo que ser ella, Gastón. Nosotros no fuimos, y no hay nadie más en el quirófano.

—Intenta colocarle el aparato. Yo vigilaré su rostro, y si emite algún gruñido, lo captaré y te lo diré.

—De acuerdo —respondió el doctor Moreau, y se inclinó de nuevo entre las separadas piernas de Brigitte Coster.

Cuando iba a colocarle el aparato ginecológico, se escuchó un segundo gruñido, tan sordo y tan extraño como el anterior.

El cirujano se irguió nuevamente.

—¿Qué? —preguntó, mirando a Gastón.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Brigitte no ha movido los labios, Julien.

—¡Pero yo he escuchado otro gruñido!

—Y yo, doctor Moreau —habló Noelle.

—También yo lo escuché, pero no lo emitió Brigitte —aseguró Drut.

—¿Quién, entonces...? —preguntó.

—Quizá... Pero no, no puede ser.

—¿Qué ibas a decir, Gastón?

—Nada, una tontería.

—Habla, te lo ruego. A lo mejor no es ninguna tontería.

—Sí, claro que lo es. Y tú me darás la razón en cuanto me oigas.

—Suéltalo ya, Gastón.

—Verás, cuando subí a la habitación de Brigitte, me dijo que había sufrido una espantosa pesadilla. Soñó que el hijo que alberga en su seno se negaba a ser destruido por ti, que rugía como un animal, que se agitaba dentro de ella, causándole unos dolores terribles, y que tú, asustado, no te atrevías a provocar el aborto.

En la frente del doctor Moreau aparecieron unas diminutas gotas de sudor.

—Eso parece un cuento de terror, Gastón.

—No es más que un sueño, Julien. Por eso te dije que era una tontería hablar de ello.

—No creo que lo haya sido, pues parece que el sueño que tuvo Brigitte puede convertirse en realidad.

—No digas bobadas, Julien.

—Esos gruñidos tan extraños...

—No pudo haberlos emitido un feto, y tú lo sabes.

—Tú lo pensaste antes que yo, Gastón.

—Pero lo rechacé al instante, porque era imposible.

—Pronto lo sabremos. Voy a intentar nuevamente a colocarle el aparato a Brigitte.

Estate atento. Y tú también, Noelle.

—Sí, doctor —respondió la enfermera, visiblemente asustada.

—Acercaos más a mí.

Gastón y Noelle lo hicieron.

El doctor Moreau aproximó el aparato ginecológico a la intimidad de la paciente, pero no llegó a colocárselo, pues se escuchó otro gruñido.

Moreau, Drut y la enfermera se quedaron helados de espanto.

¡Ya no tenían ninguna duda!

¡Los gruñidos surgían de las entrañas de Brigitte Coster!

¡Los emitía el ser que se estaba desarrollando en su útero!

¡El sueño de Brigitte se había convertido en realidad!

*

Pasaron varios minutos.

El doctor Moreau, Gastón y Noelle Pascal no habían pronunciado una sola palabra.

Los tres estaban pálidos.

Asustados.

Aterrorizados, más bien.

No querían creer lo que estaba sucediendo, pero no tenían más remedio que admitirlo, porque los tres habían escuchado claramente los gruñidos emitidos por el misterioso feto.

Finalmente, Gastón se decidió a romper el silencio, indicando: —Inténtalo de nuevo, Julien. Y, esta vez, no te detengas aunque se oigan gruñidos.

Tienes que colocarle el aparato a Brigitte.

—¿Y si te dijese que no me atrevo...?

—Tienes que hacerlo, Julien. Es la única manera de averiguar lo que ocurre. Si tú no te atreves, se lo colocaré yo.

El cirujano se humedeció los temblorosos labios con la lengua.

—Está bien, Gastón. Se lo colocaré.

—Adelante, Julien.

Procurando dominar el temblor de sus manos, el doctor Moreau acercó el aparato ginecológico a las piernas separadas de Brigitte Coster.

Se escuchó un cuarto gruñido, idéntico a los anteriores.

El cirujano tuvo un claro estremecimiento, pero no retiró el aparato, que ya casi rozaba la intimidad de la paciente.

Se oyó un nuevo gruñido, más fuerte que los otros.

Moreau volvió a estremecerse, pero no perdió totalmente el valor y trató de colocar el aparato en la vulva de la paciente.

No pudo, porque justo cuando lo intentaba se escuchó un rugido de animal salvaje, acompañado de una violenta contracción del cuerpo de Brigitte Coster.

El cirujano dio un salto hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó al suelo, desde donde chilló:

—¡Ahí dentro hay una bestia, Gastón…!

CAPITULO VI

Noelle Pascal sintió que las piernas se le doblaban.

Tal vez por eso no echó a correr.

Se derrumbaría mucho antes de alcanzar la puerta del quirófano.

Para no caerse al suelo, se apoyó en la mesa sobre la que descansaban los instrumentos quirúrgicos.

Gastón Drut, instintivamente, había retrocedido un paso al escuchar el escalofriante rugido que brotara de las entrañas de Brigitte Coster, acompañado de aquella terrible contracción que había hecho saltar el cuerpo desnudo de la muchacha sobre la mesa de operaciones.

Afortunadamente, Brigitte seguía dormida.

Hubiera sido terrible para ella comprobar que su espantosa pesadilla se había hecho realidad.

El doctor Moreau continuaba en el suelo, pálido, tembloroso, desencajado, sin poder apartar sus espantados ojos de las piernas separadas de Brigitte, como si temiera que el ser que había emitido el estremecedor rugido se dejase ver de un instante a otro.

Gastón Drut fue el primero en reaccionar.

Se quitó la mascarilla, lentamente, y dijo: —No podemos continuar, Julien. Podría costarle la vida a Brigitte, y no quiero que eso suceda de ninguna manera. Antes de operarla, tenemos que averiguar qué fue exactamente lo que sucedió. También cuándo y dónde le ocurrió. Sólo así sabremos qué es lo que se está desarrollando en su vientre.

—Evidentemente, no se trata de un feto humano...

—murmuró Noelle, despojándose también de la mascarilla.

—Desde luego que no.

—|Es una bestia, Gastón! —insistió Moreau—, ¡Un animal salvaje, que gruñe, ruge y se agita como si ya hubiera nacido!

Drut se estremeció.

—Hablaré con ella cuando despierte. Tiene que contármelo todo.

—¡No te contará nada, porque ella nada recuerda! ¡Ya te expliqué lo

del subconsciente!

—Sí, es posible que su subconsciente le impida recordar lo que pasó, pero sólo cuando está despierta.

—¿Qué quieres decir?

—Que, cuando está dormida, sí puede recordar lo que ocurrió. En parte, al menos, y de una manera no muy clara, porque los sueños suelen ser difusos.

—¿Adónde quieres llegar, Gastón?

—A las horribles pesadillas que últimamente ha venido sufriendo Brigitte. Desde el domingo pasado, concretamente. Le pediré que me hable de ellas. La que tuvo anoche, se ha hecho realidad hoy. Todo ha ocurrido tal y como ella lo soñó, con la única diferencia de que en la pesadilla Brigitte estaba despierta, y en la realidad estaba anestesiada. Más que un sueño, fue una clara visión del futuro inmediato. Ella *sabía* lo que iba a suceder hoy. Y

si es capaz de ver el futuro, aunque sea en sueños, más fácil le será recordar el pasado.

El doctor Moreau se quitó la mascarilla y se incorporó.

—Inténtalo, Gastón. Estamos ante un hecho insólito, increíble, espantoso… Recuerdo que, al hablar de su misterioso embarazo, Brigitte dijo que parecía cosa de brujas, pero a mí aún me parece más gordo. Yo diría que es cosa del mismísimo diablo.

Su enfermera dio un respingo de terror.

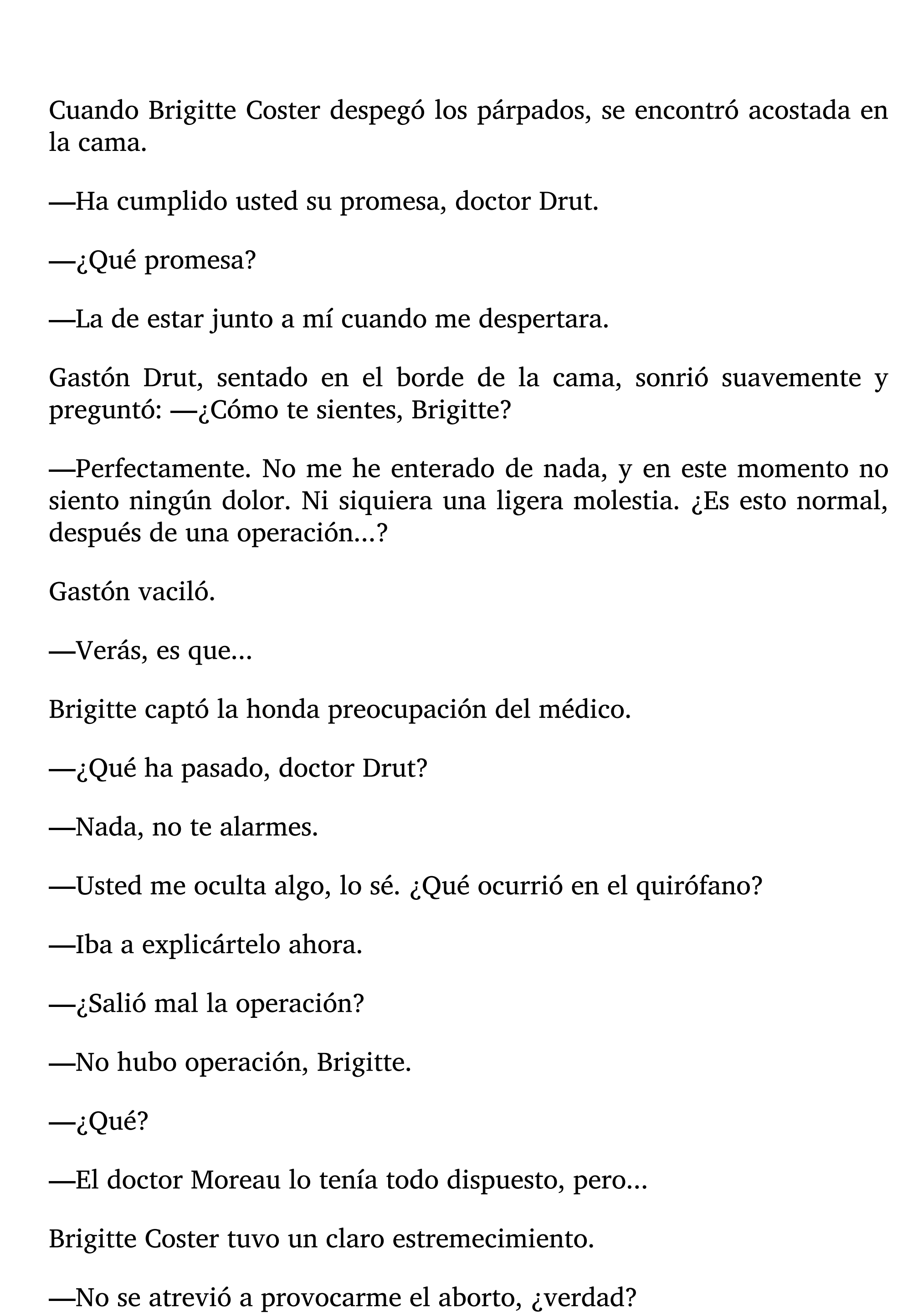
—¡Doctor Moreau, por favor! —gimió.

El cirujano la miró.

—Lo siento, Noelle. No era mi intención asustarte más de lo que ya lo estás. Yo estoy tan asustado como tú, te lo aseguro. Las cosas sobrenaturales, me llenan de pánico.

—Será mejor que llevemos a Brigitte a su habitación, Julien —sugirió Gastón.

—Sí, tienes razón —respondió Moreau.



*

Cuando Brigitte Coster despegó los párpados, se encontró acostada en la cama.

—Ha cumplido usted su promesa, doctor Drut.

—¿Qué promesa?

—La de estar junto a mí cuando me despertara.

Gastón Drut, sentado en el borde de la cama, sonrió suavemente y preguntó: —¿Cómo te sientes, Brigitte?

—Perfectamente. No me he enterado de nada, y en este momento no siento ningún dolor. Ni siquiera una ligera molestia. ¿Es esto normal, después de una operación...?

Gastón vaciló.

—Verás, es que...

Brigitte captó la honda preocupación del médico.

—¿Qué ha pasado, doctor Drut?

—Nada, no te alarmes.

—Usted me oculta algo, lo sé. ¿Qué ocurrió en el quirófano?

—Iba a explicártelo ahora.

—¿Salió mal la operación?

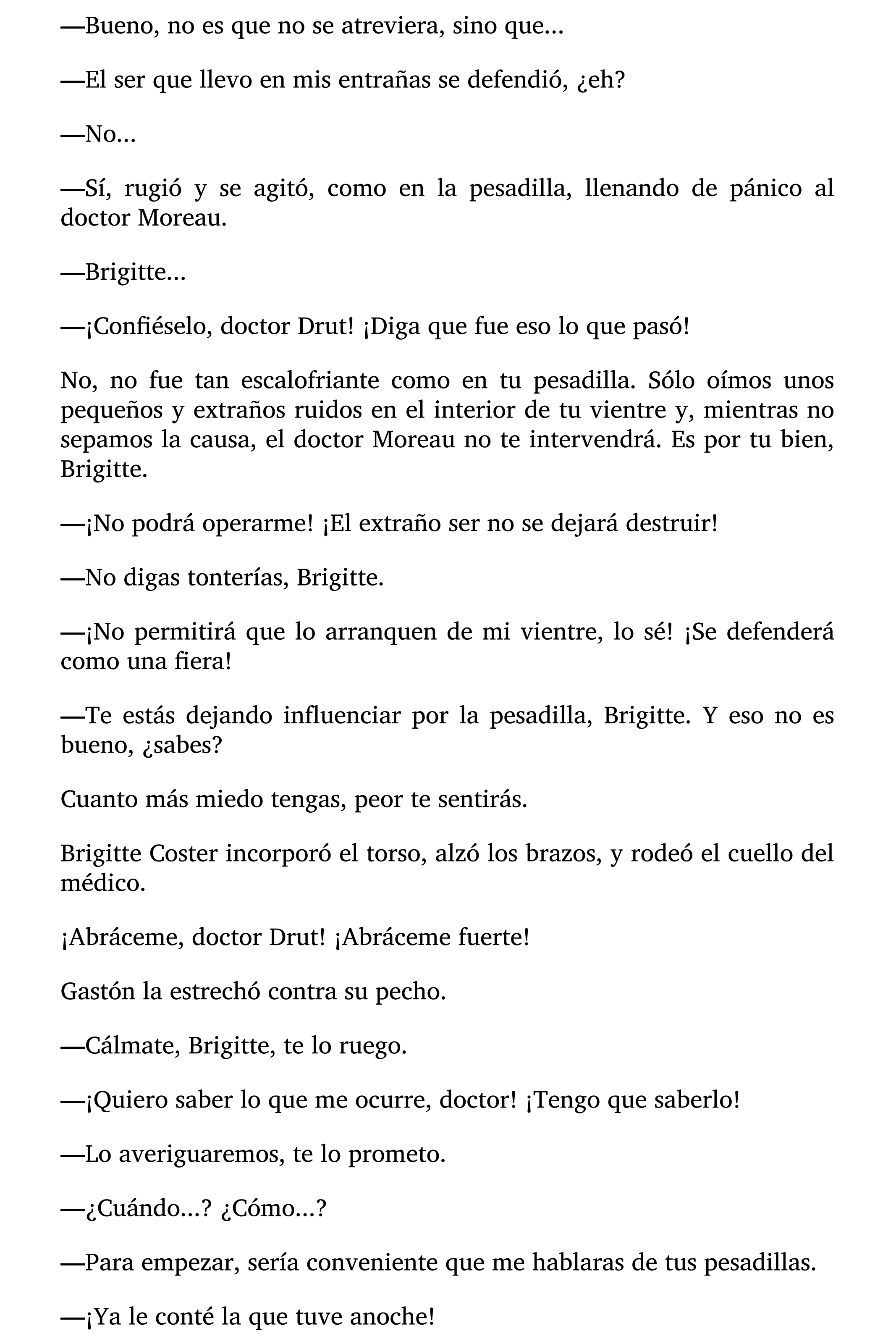
—No hubo operación, Brigitte.

—¿Qué?

—El doctor Moreau lo tenía todo dispuesto, pero...

Brigitte Coster tuvo un claro estremecimiento.

—No se atrevió a provocarme el aborto, ¿verdad?



—Bueno, no es que no se atreviera, sino que...

—El ser que llevo en mis entrañas se defendió, ¿eh?

—No...

—Sí, rugió y se agitó, como en la pesadilla, llenando de pánico al doctor Moreau.

—Brigitte...

—¡Confiéselo, doctor Drut! ¡Diga que fue eso lo que pasó!

No, no fue tan escalofriante como en tu pesadilla. Sólo oímos unos pequeños y extraños ruidos en el interior de tu vientre y, mientras no sepamos la causa, el doctor Moreau no te intervendrá. Es por tu bien, Brigitte.

—¡No podrá operarme! ¡El extraño ser no se dejará destruir!

—No digas tonterías, Brigitte.

—¡No permitirá que lo arranquen de mi vientre, lo sé! ¡Se defenderá como una fiera!

—Te estás dejando influenciar por la pesadilla, Brigitte. Y eso no es bueno, ¿sabes?

Cuanto más miedo tengas, peor te sentirás.

Brigitte Coster incorporó el torso, alzó los brazos, y rodeó el cuello del médico.

¡Abráceme, doctor Drut! ¡Abráceme fuerte!

Gastón la estrechó contra su pecho.

—Cálmate, Brigitte, te lo ruego.

—¡Quiero saber lo que me ocurre, doctor! ¡Tengo que saberlo!

—Lo averiguaremos, te lo prometo.

—¿Cuándo...? ¿Cómo...?

—Para empezar, sería conveniente que me hablaras de tus pesadillas.

—¡Ya le conté la que tuve anoche!

—Cuéntame también las otras.

—¡Fueron horribles!

—Sí, lo sé. Por eso te pido que me hables de ellas. Pueden ayudarnos a desentrañar este misterio.

Brigitte levantó la cabeza del hombro del médico y lo miró a los ojos.

—¿De veras lo cree?

—Estoy convencido de ello.

—He venido soñando cosas absurdas, se lo advierto.

—No importa, quiero conocer todos tus sueños. Dijiste que esas horribles pesadillas empezaron el domingo por la noche, ¿no?

—Sí.

—¿No las habías tenido antes?

—No.

—¿Qué soñaste esa noche?

—Pues unas cosas rarísimas. Que mi coche se volvía loco, tomando la dirección que le parecía, sin que yo pudiera hacer nada por controlarlo. El freno no respondía, ni las marchas, ni el volante... Era como si lo condujera un ser invisible, puesto que no se salía del camino y tomaba las curvas a la perfección.

—¿Has dicho camino?

—Sí.

—¿No ibas por una carretera?

—No, era un camino.

—¿Te cruzaste con alguien?

—Creo que no, pero no estoy segura.

—Un camino solitario, pues.

—Sí, muy solitario.

—¿Recuerdas haber pasado por alguno recientemente?

—No. Hacía varios meses que no salía de París. Trabajo y estudio, ésa es mi vida. El último fin de semana fui a Orleáns porque hacía mucho tiempo que no había visitado a mi tía. Le hablé de ella, ¿no?

—Sí. Continúa con tus sueños, Brigitte. ¿Encontraste algo en ese solitario camino?

—No lo sé.

—Haz un esfuerzo por recordar.

—Lo estoy haciendo, pero no lo consigo. Creo que mi pesadilla se interrumpió ahí, cuando iba con mi coche por ese camino. Después, tuve otras. Recuerdo una casa, grande y antigua, que tenía la puerta abierta... Yo entré en ella, no sé por qué, pues tenía miedo.

Se me antojaba uno de esos viejos caserones que suelen salir en las películas de terror. Y

allí me sucedieron cosas horribles, espantosas...

—Relátamelas, Brigitte.

—Están confusas en mi mente, pero creo que en esa casa me vi atacada por un grupo de encapuchados... Me sujetaron, me arrastraron, yo gritaba y suplicaba que me soltasen, pero ellos no me hacían caso. Más tarde, me vi desnuda sobre una especie de mesa de sacrificios. Intenté levantarme, pero estaba atada a aquella horrible mesa. Yo chillaba como una loca, pero los encapuchados no tuvieron ninguna piedad de mí. Se habían despojado de sus túnicas y estaban tan desnudos como yo. Había hombres y mujeres. Conservaban las capuchas, se habían arrodillado en tomo a la siniestra mesa de sacrificios, y rezaban o canturreaban, no lo recuerdo bien...

—Sigue, Brigitte.

—No sé lo que ocurrió después, pero de pronto me vi luchando con un horrible monstruo. Era un ser realmente espantoso, con cuernos y ojos de fuego, boca escalofriante, peludo como un oso, con unas garras de acero que amenazaban con clavarse en mi cuerpo desnudo y hacerlo pedazos...

—¿Dices que luchaste con ese horrible monstruo?

—Sí, desesperadamente.

—¿Ya no estabas atada a la mesa de sacrificios?

—¿Atada?

—Antes dijiste que lo estabas, que no podías levantarte...

Brigitte Coster se llevó las manos a las sienes.

—Son muchos sueños, doctor Drut. Se confunden unos con otros, y no puedo recordarlos bien... Además, varios de esos sueños se repitieron a lo largo de la semana, aunque no con exactitud. Algunas cosas variaban.

—Lo comprendo, Brigitte. No te esfuerces más.

—Aún puedo añadir algo, doctor.

—Hazlo.

—Los encapuchados llevaban una cruz colgada del cuello.

—¿Una cruz?

—Sí, sólo que en posición invertida.

Gastón sintió un ramalazo de frío en la espalda.

—El símbolo del Anticristo... —musitó.

—¿Cómo dice, doctor?

—Nada, olvídalo.

—¿Le sirve de algo todo lo que le he contado, doctor Drut?

—De mucho, Brigitte.

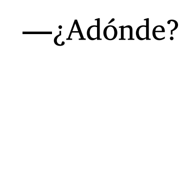
—Me alegro.

Gastón se puso en pie e indicó:

—Vístete, Brigitte.

—¿Que me vista?

—Sí, nos vamos.



—¿Adónde?

CAPITULO VII

El «Alpine» de Gastón Drut rodaba por la carretera que conducía a Orleáns.

—¿Quiere hablar personalmente con mi tía, doctor Drut? —preguntó Brigitte Coster.

—No lo considero necesario por el momento —respondió el médico, que conducía sin prisas.

—*¿Por* qué nos dirigimos a Orleáns, entonces?

—No llegaremos tan lejos, no te preocupes. Haremos unos cuantos kilómetros más, y emprenderemos el regreso.

—¿Volvemos a París?

—Sí, pero conduciendo tú.

—¿Por qué quiere que lleve el coche yo?

—Porque también llevabas el tuyo, cuando regresabas de Orleáns el domingo pasado.

Quiero que todo sea igual que entonces, para que te ayude a recordar.

Y con un poco de suerte, encontraremos el camino que veías en tus sueños.

Brigitte se mordisqueó el labio inferior.

—¿Sigue pensando que ese camino existe realmente, doctor Drut?

—Estoy convencido.

—¿Y el viejo caserón…?

—También.

—Entonces, también debe de creer en la existencia de todo lo demás…

—¿Te refieres a los encapuchados?

—A los encapuchados, a la mesa de sacrificios, al monstruo que me atacó…

—Bueno, puede que no fuera un monstruo. Pero, evidentemente, alguien te atacó. Los arañazos que tienes en el pecho son una prueba

palpable. Te los causaron el domingo por la noche.

—Es posible que me los causara yo, ya se lo dije. Gastón sacudió la cabeza.

—No lo creí entonces, y menos lo creo ahora. A ti te ocurrió algo a tu regreso de Orleáns, lo que pasa es que no puedes recordarlo. Y no puedes porque alguien se encargó de hacértelo olvidar, inyectándote alguna droga, hipnotizándote, o de alguna otra manera. Por eso no sabes a qué hora llegaste a París, ni lo que hiciste cuando entraste en tu apartamento. Sólo sabes que te despertaste completamente desnuda, lo reconociste.

—Es cierto, siempre me pongo el camisón.

—Por fortuna, cuando estás dormida, sí puedes recordar algunas cosas de las que te sucedieron esa noche, y eso nos ayudará a averiguar lo que te ocurrió realmente.

—Ojalá. Aunque la verdad es que me horroriza que todas esas cosas que soñé sucedieran en realidad.

—Sucedieron, no lo dudes. Sólo que seguramente no fueron tan horribles como en tus sueños.

—¿Lo cree realmente así, doctor Drut, o lo dice para darme ánimos?

Era lo segundo, naturalmente, pero Gastón no podía admitirlo, porque aterrorizaría mucho más a la muchacha. Por esa misma razón suavizó lo ocurrido en el quirófano, diciendo que sólo habían escuchado unos pequeños y extraños ruidos en su vientre, cuando la verdad es que habían sido claros y escalofriantes gruñidos y rugidos de animal salvaje, además de la violenta contracción que sufrió el cuerpo desnudo de Brigitte.

Por todo ello, Gastón sonrió con suavidad y respondió: —Lo creo realmente, Brigitte.

*

El «Alpine» de Gastón Drut rodaba en dirección a París, conducido por Brigitte Coster.

—No aumente la velocidad, Brigitte —rogó el médico—. Cuanto más despacio vayamos, mejor.

—Entendido, doctor.

—Y fíjate bien en todos los caminos. Uno de ellos debe ser el que tomaste. El que te obligaron a tomar, mejor dicho. Concéntrate al máximo. En un determinado punto de esta carretera, tu mente se negará a recordar lo que sucedió a partir de ese momento.

Puede ser una pista importante para encontrar el camino que buscamos.

—Sí, doctor.

—¿Recuerdas haber pasado por aquí?

—Desde luego.

—Magnífico. Eso demuestra que el extraño suceso tuvo lugar más adelante. Continúa con todos los sentidos alerta, Brigitte.

—Los tengo así, no se preocupe.

El «Alpine» siguió circulando a escasa velocidad.

Algunos minutos después, Brigitte Coster detenía repentinamente el coche.

Gastón la miró.

—¿Qué ocurre, Brigitte?

—No recuerdo haber pasado por aquí el domingo, doctor Drut.

—¿Estás segura?

—Sí, lo estoy.

—Hace tan sólo unos segundos, dejamos atrás un camino a la derecha. ¡Ese debe ser!

—exclamó Gastón.

—Es posible que tenga razón, doctor.

—Pon el coche en marcha y da la vuelta, Brigitte.

—Será mejor que lo haga usted, doctor Drut.

—¿Por qué?

—Estoy muy nerviosa. Y tengo miedo.

—Está bien, yo me haré cargo del volante. Pasa por encima de mí, y cambiaremos de asiento.

Brigitte intentó pasar por encima de las piernas del médico, al tiempo que éste intentaba pasar por debajo del trasero de ella, y el roce fue inevitable.

Bueno, más que un roce, fue un auténtico atasco, ya que la muchacha quedó prácticamente sentada sobre los muslos de Gastón.

Este carraspeó ligeramente y dijo:

—¿Tratas de provocarme, Brigitte?

—¿Cómo puede pensar eso? —repuso la joven, enrojeciendo.

—Te has sentado sobre mis piernas.

—No me he sentado, he quedado encajada. Hay una clara diferencia, ¿no?

—Desde luego, aunque no sé lo que pensarán los bomberos.

—¿Bomberos...? ¿Qué bomberos?

—Los que vengan en nuestra ayuda.

—No empiece con sus chistes, doctor. Lo que tiene que hacer, es dejarme pasar.

—Yo no tengo la culpa de que tu precioso trasero haya quedado atascado entre mis muslos, Brigitte.

—No estoy tan segura.

¿Insinúas que trato de aprovecharme...?

—Es muy posible.

—¿Cómo puedes pensar eso?

—¿Acaso no pensó usted que yo trataba de provocarle?

—Fue sólo una broma.

—En ese caso, lo mío también.

—Bueno, hagamos algo. No podemos continuar de esta manera. Uno no es de piedra, y...

—Una tampoco es de piedra, doctor, así que estoy de acuerdo en que debemos acabar con esta situación.

—Encoge el trasero, Brigitte.

—Está hablando de un trasero, no de la molla de un caracol —gruñó la muchacha.

Gastón se echó a reír.

—¿Quién hace chistes ahora, Brigitte?

—Está bien, trataré de encoger el culo. Pero, para que sirva de algo, tendrá que encogerse usted también, doctor.

—De acuerdo, Brigitte. Venga, los dos al mismo tiempo.

Hicieron un esfuerzo y consiguieron desatascarse, quedando Gastón sentado frente al volante, y Brigitte a su lado.

—¡Lo conseguimos, doctor!

—Sí, menos mal.

—Usted no se encontraba tan mal, confiéselo.

Gastón rió.

—La verdad es que no, Brigitte. Un contacto como ése no puede disgustar a ningún hombre.

—Me está resultando usted un bribón de tomo y lomo, doctor Drut.

—Vamos, confiesa que tú tampoco te encontrabas demasiado incómoda.

Brigitte sonrió con picardía.

—Era muy excitante, lo reconozco.

Gastón rió de nuevo y puso el coche en movimiento.

Lo hizo girar y segundos después lo metía por el camino que minutos antes dejaran atrás.

—¿Es el camino que viste en tus sueños, Brigitte?

—No estoy segura, doctor.

—Obsérvalo todo con atención y, si reconoces algún detalle, házmelo saber.

—Descuide.

El «Alpine» de Gastón siguió adentrándose por el camino solitario.

Brigitte se fijaba en cada árbol, en cada matorral, en cada arbusto, pero no podía recordar si había pasado antes por aquel camino o no, y permanecía callada.

Gastón tampoco hablaba.

No quería distraer a la muchacha.

Algunos minutos más tarde, aparecía una casa a lo lejos.

Una casa grande, antigua, bastante deteriorada, que daba la impresión de estar abandonada.

Al descubrirla, Brigitte dio un nervioso respingo y exclamó: —¡Es la casa que vi en sueños, doctor Drut!

CAPITULO VIII

Gastón Drut detuvo su coche frente al viejo caserón y lo observó con detenimiento.

—¿Ves como yo tenía razón, Brigitte? Tus pesadillas no eran más que la rememoración de unos hechos que tu subconsciente guardaba celosamente, impidiéndote recordarlos cuando estás despierta. Sólo en sueños eres capaz de revivir aquellos extraños sucesos, si bien solamente puedes recordarlos en parte y de una manera confusa. Cuando estás dormida, tu subconsciente no tiene fuerza para borrar todo eso de tu cerebro. Sólo puede hacértelo olvidar cuando estás despierta.

Brigitte Coster cogió la mano del médico y se la apretó.

—Cada vez estoy más asustada, doctor Drut.

—Estás conmigo, Brigitte. No debes temer nada. Si tengo que defenderte de alguien o de algo, lo haré sin vacilar. Estoy dispuesto a dar mi vida por ti, si es preciso.

Ella lo miró.

—Doctor…

—¿Qué pasa, no me crees?

Brigitte sonrió levemente.

—Sí, sé que arriesgan a usted su vida por mí, si fuera necesario. Y le doy las gracias por ello.

—Dámelas con un beso.

—Encantada —respondió la muchacha, y le besó.

—Ahora, salgamos del coche —indicó Gastón.

—¿Vamos a entrar en la casa, doctor?

—Sí.

—La puerta está cerrada.

—No importa. Si no podemos entrar por la puerta, entraremos por una ventana.

Gastón salió del coche, y Brigitte no tuvo más remedio que imitarle.

—Deme la mano, doctor —pidió la muchacha.

—Toma, todo para ti —respondió Gastón, ofreciéndole la izquierda.

Brigitte se la cogió en seguida.

Gastón tiró de ella, llevándola hacia la puerta del caserón.

No pudieron entrar en él.

La puerta estaba cerrada con llave.

—Entraremos por esa ventana —indicó Gastón, señalándola.

—¿No sería mejor avisar a la policía, doctor Drut?

—¿Y qué podríamos decirles? Sospechamos muchas cosas, pero no podemos demostrar ninguna todavía. Las pruebas que necesitamos están aquí dentro. Y no las conseguiremos si no entramos por ellas.

—Tal vez no encontremos nada, doctor.

—Encontraremos mucho, ya verás. Anda, suéltame la mano un momento. Las necesito las dos para forzar la ventana.

—Procure no hacer ruido, doctor.

—Descuida, actuaré como un caco.

Gastón tanteó la ventana.

Estaba un poco alta, por lo que tuvo que auparse para forzarla.

No le costó demasiado abrirla.

Y lo hizo sin apenas ruido.

Gastón echó una ojeada al vestíbulo.

—No vea a nadie, Brigitte.

—Me alegro mucho.

—Treparé yo primero, y te ayudaré a trepar a ti.

—Puedo esperarle aquí afuera, si quiere.

—Estarás más segura conmigo, pero si opinas lo contrario...

—No, creo que opino lo mismo —dijo Brigitte, pues le asustaba tanto entrar en la casa como quedarse sola fuera de ella.

Gastón trepó y tendió su mano a la muchacha.

—Agárrate, Brigitte.

Ella se cogió de su mano y Gastón la izó sin dificultad, gracias a su gran fortaleza física.

Después, Gastón saltó al interior de la casa y ayudó a Brigitte a deslizarse.

—Bien, ya estamos dentro —dijo el médico, en tono bajo.

—Para bien o para mal, así es —murmuró la joven, cogiéndose nuevamente de la mano de Gastón.

—¿Fue aquí, en el vestíbulo, donde te atacaron los encapuchados?

—Creo que sí.

—¿Hacia dónde te llevaron?

—Hacia el fondo, me parece. Aunque no estoy muy segura.

Gastón tiró de ella.

—Vamos. Veremos lo que hay en el fondo del vestíbulo.

Brigitte movió las piernas, que le temblaban más de la cuenta.

Al fondo del vestíbulo, tras una cortina, encontraron una puerta, con el cerrojo echado.

—¿Te dice algo esta puerta, Brigitte? —preguntó Gastón.

—Nada.

—Si está cerrada por fuera, quiere decir que no hay nadie dentro.

—No se fíe demasiado, doctor.

Gastón descorrió el cerrojo suavemente, para no causar ruido, y abrió la puerta poco a poco. Se trataba de una puerta gruesa y sólida, y tras ella había una escalera de caracol.

—¿Recuerdas esta escalera, Brigitte?

—No.

—Bien, es lógico que no pueda recordarlo todo. Pero yo creo que estamos en el buen camino. Veamos adónde conduce esta escalera de caracol.

—¿Por qué es usted tan curioso, doctor Drut?

—Sólo trato de ayudarte, Brigitte.

—Si supiera las ganas que tengo de largarme...

—En cuanto consigamos las pruebas necesarias, abandonaremos rápidamente esta casa.

A mí tampoco me gusta hacer de detective, no creas.

—Nadie lo diría viéndole actuar.

Gastón sonrió y tiró de Brigitte.

Empezaron a bajar los peldaños.

Gastón iba delante, procurando ahogar sus pisadas, cosa que también hacía Brigitte.

Al llegar abajo, descubrieron el siniestro sótano, iluminado por las gruesas velas negras.

Brigitte Coster sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—Cielos, no... —exclamó, con voz estrangulada.

Gastón la abrazó con suavidad, temiendo que echara a correr, horrorizada.

—No te pongas a chillar, Brigitte —pidió—. No nos conviene delatar nuestra presencia en este horrible lugar.

—Creo..., creo que voy a desmayarme, doctor Drut...

—Haz un esfuerzo por sobreponerte, te lo suplico. Si te desmayas, tendré que cargar contigo, y eso sería una lata.

—Deme un pellizco, a ver si me reanimo.

Gastón se lo dio.

Y fuerte, además.

Brigitte emitió un gritito ahogado, al tiempo que arqueaba su cuerpo hacia adelante.

—¿Era preciso que me lo diera en el trasero?

—protestó.

—Bueno, era lo que tenía más a mano —carraspeó Gastón.

—Pedazo de sinvergüenza...

—¿Te has reanimado?

—Sí.

—Pues de eso se trataba, ¿no?

—Cuando salgamos de esta maldita casa, recuérdeme que le debo una bofetada.

—De acuerdo.

Brigitte Coster volvió a fijarse en todo cuanto había en el siniestro sótano y de nuevo se le pusieron los pelos de punta.

—Mis sueños eran realidad, doctor... —musitó.

—Ya te lo dije.

—En esta mesa de sacrificios me tenían sujeta, completamente desnuda...

—Sí.

—Y mire lo que hay detrás.

—Es un altar pagano, Brigitte.

—¿Y esa espantosa imagen...?

—Representa al Demonio.

—¿Qué?

—Sí, representa a Satán. Y esa cruz que pende del techo, en posición invertida, es su símbolo. El símbolo del Anticristo. Los encapuchados también lo llevaban al cuello, según me contaste.

—Sí, de eso me acuerdo muy bien.

—El misterio se va aclarando, Brigitte.

—¿De veras?

—Sí, me parece que sí. No soy un experto en brujería, magia negra, satanismo y todo eso, pero he leído lo suficiente como para adivinar que en este caserón se reúne de cuando en cuando un grupo de gente, compuesto por hombres y mujeres, los cuales rinden culto a Satán en este sótano.

—¡Qué horror! —se estremeció Brigitte.

—Sí, no me cabe la menor duda. Aquí celebran sus ritos satánicos y ofrecen sacrificios al Diablo. Y tú fuiste uno de esos sacrificios, Brigitte.

—¿Qué me hicieron? ¿Por qué me eligieron a mí? ¿Cómo me trajeron hasta aquí?

—No sé por qué te eligieron, ni lo que te hicieron, pero sospecho que fue aquí, en este siniestro sótano, donde concebiste el extraño ser que se está desarrollando en tu vientre.

Brigitte Coster dilató los ojos.

—¿Quiere decir que me violaron…?

—Eso parece, aunque hay algo que no encaja. Hace sólo seis días que esos adoradores de Satán te trajeron aquí. Y el feto que crece en tu útero tiene unos tres meses…

—Yo puedo explicarle eso, doctor Drut —dijo de pronto una voz.

Gastón y Brigitte se volvieron al instante, descubriendo al hombre que acababa de aparecer en la escalera, luciendo una larga túnica roja y cubriendo su rostro con una capucha negra.

De su cuello, por supuesto, pendía una gruesa cadena dorada con una cruz en posición invertida.

Era uno de los adoradores de Satán.

CAPITULO IX

Gastón Drut y Brigitte Coster retrocedieron instintivamente.

El encapuchado, un sujeto alto y fornido, acabó de descender la escalera de caracol, sin causar el menor ruido, porque iba descalzo.

Desgraciadamente, no estaba solo.

Otros hombres descendieron tras él, luciendo idéntica indumentaria.

También descendieron algunas mujeres.

Gastón y Brigitte tuvieron que retroceder más.

El médico maldijo para sus adentros, al contar los hombres y ver que sumaban siete, nada menos. Los otros seis encapuchados eran mujeres.

Había demasiados adoradores de Satán.

Sería muy difícil, por no decir imposible, burlarlos a todos y escapar de aquel siniestro sótano.

Gastón y Brigitte habían retrocedido casi hasta la mesa de sacrificios, mientras los adoradores de Satán se alineaban frente a la escalera, formando una especie de semicírculo.

Gastón apretó los dientes y preguntó:

—¿Qué le hicisteis a Brigitte, malditos?

El tipo que antes hablara, respondió:

—Nosotros no le hicimos nada, doctor Drut.

—¡La violasteis!

—Se equivoca, doctor Drut. Nosotros nos limitamos a desnudarla y colocarla sobre la mesa de sacrificios. Así nos lo había ordenado Satán, nuestro Señor, y nosotros obedecemos.

—¿Satán?

—Sí, él fue quien, con su infinito poder, desvió el coche de Brigitte Coster de la carretera y lo guió hasta aquí.

—¿Por qué?

—Satán desea tener un hijo y eligió a Brigitte para tal menester.

—¡No! —chilló la muchacha, presa del más infinito terror.

—Es un honor para ti, Brigitte. Haber sido poseída por Satán y llevar en tus entrañas un hijo suyo es algo de lo que pueden presumir muy pocas mujeres.

La joven se aferró el vientre con desesperación.

—¡No quiero tener un hijo de Satán! ¡No quiero traer al mundo un hijo del Demonio…!

—¡Calla, insensata! ¡Tener un hijo de Satán es algo grandioso! ¡Te sentirás orgullosa de ser su madre! ¡Tu hijo será tan poderoso como su padre! ¡Lo dominará todo y a todos!

¡Nadie podrá luchar contra él!

—¡Quiero morir! ¡Quiero morir…! —chilló Brigitte, al borde de la locura.

No dejaba de apretarse el vientre, como si quisiera destruir el ser que llevaba en sus entrañas.

Pero el hijo de Satán no quería ser destruido y se defendió, como antes se defendiera en el quirófano de la clínica del doctor Moreau, cuando éste se disponía a provocar el aborto.

Se escuchó un furioso rugido.

Simultáneamente, Brigitte Coster tuvo una violenta convulsión.

La joven chilló desgarradoramente al sentir un dolor terrible en su vientre. Era como si una garra de acero estuviese hurgando sin piedad en sus entrañas, despedazándolo todo.

Incapaz de soportar aquel espantoso dolor, Brigitte se derrumbó, cayendo justamente sobre la mesa de sacrificios, el lugar en donde ella había tenido la desgracia de ser poseída por el mismísimo Satán, de quien, si Dios no lo remediaba, iba a tener un hijo.

Un hijo del Demonio.

Otro rey del Mal.

Una pesadilla para el mundo entero.

Brigitte Coster se revolcaba sobre la mesa de sacrificios, aullando de

dolor, pateando, agitando los brazos, oprimiéndose el vientre.

Gastón Drut, estremecido de horror, intentó ayudarla, aunque sospechaba que nada podría hacer por aliviarle el dolor. La sujetó por los hombros, con fuerza, y gritó: —¡Brigitte...! ¡Dime qué te ocurre, por Dios!

Apenas pronunciar el nombre de Dios, se escuchó un poderoso trueno y las gruesas paredes del sótano se estremecieron, lo mismo que el suelo y el techo.

El altar pagano tembló, haciendo temblar también la espantosa imagen que sobre él descansaba, representando al Demonio. La gran cruz invertida que pendía del techo se agitó claramente, como sacudida por una mano invisible.

Los adoradores de Satán, impresionados por aquella demostración de poder de su Señor, se arrodillaron en el suelo y se pusieron a canturrear algo en una lengua muy extraña.

Gastón Drut tenía la piel de gallina, pero el lógico terror que sentía no le impidió comprender que ahora tenía la posibilidad de escapar de aquella especie de templo satánico, aprovechando que los trece encapuchados se hallaban postrados en el suelo, con la cabeza inclinada.

Brigitte Coster ya no chillaba ni se retorcía sobre la mesa de sacrificios. Se había desvanecido, incapaz de resistir tanto sufrimiento.

Gastón, sin dudarlo un segundo más, tomó a la muchacha en brazos y se lanzó hacia la escalera de caracol.

Desgraciadamente, el tipo que parecía ser el jefe del grupo le vio venir y gritó: —¡Cuidado, intentan escapar!

Los adoradores de Satán brincaron del suelo y cortaron el paso al médico, quien no tuvo más remedio que dejar a Brigitte Coster en el suelo.

Gastón tenía que luchar.

Sus posibilidades de vencer a los adoradores de Satán eran escasas, pero no tenía elección. No quena entregarse a ellos sumisamente, y menos sabiendo lo que sabía.

Le había prometido a Brigitte que la defendería de quien fuera y de lo

que fuera, aunque perdiese la vida en el intento, y eso iba a hacer.

Gastón atacó furiosamente a los adoradores de Satán.

De un tremendo puñetazo en la cara, tumbó a uno de ellos.

Apenas un segundo después, el médico hundía su puño izquierdo en el estómago de otro encapuchado, que se dobló al instante, dando un rugido de dolor.

Acto seguido, Gastón le propinó un duro golpe en la nuca, con el filo de su mano derecha, y el tipo se desplomó como un saco de patatas.

El médico intentó golpear a otro encapuchado, pero entes recibió un puñetazo en el rostro y se fue para atrás, trastabillando, aunque no llegó a caer al suelo.

—¡A él…! ¡Cogedle! —ordenó el tipo que daba las instrucciones, que fue quien recibió el primer puñetazo de los que había repartido Gastón.

Cinco hombres se lanzaron a la vez sobre el médico, cumpliendo la orden del jefe del grupo, que quedó a la expectativa. El otro hombre yacía en el suelo, sin sentido.

Las seis mujeres no atacaron a Gastón, pero protegieron la escalera de caracol, por si acaso el médico lograba burlar a los hombres que intentaban reducirle y emprendía la huida.

Gastón retrocedió y de un salto se plantó sobre el altar pagano.

Desde allí, se arrojó sobre los adoradores de Satán y los arrolló a los cinco.

Gastón intentó incorporarse, pero un tipo le agarró de una pierna y se lo impidió.

—¡Ya lo tengo! —gritó el encapuchado.

Gastón disparó la pierna libre y le estrelló la suela del zapato en la cara.

El encapuchado chilló como una rata y le soltó inmediatamente la pierna, aunque, desgraciadamente, a Gastón no le sirvió de mucho, ya que dos de los adoradores de Satán se arrojaron sobre él y no le permitieron erguirse.

El médico se defendió bravamente, pero los otros dos hombres cayeron también sobre él y le golpearon con saña, hasta hacerle perder el conocimiento entre todos.

CAPITULO X

Cuando Gastón Drut volvió en sí, se encontró acostado sobre la mesa de sacrificios, bien sujeto a ella por las correas que cercaban sus muñecas y sus tobillos.

Lo habían dejado prácticamente desnudo, pues sólo conservaba el slip.

Los adoradores de Satán rodeaban la mesa de sacrificios, pero sólo algunos de ellos. El resto, habla desaparecido.

Lo primero que hizo Gastón, después de tantear la resistencia de las correas, que por cierto era mucha, fue a buscar a Brigitte Coster con la mirada.

La muchacha ya no estaba en el lugar en donde él la dejara, antes de enfrentarse a los adoradores de Satán.

—¿Dónde está Brigitte...? ¿Qué habéis hecho con ella —preguntó, apretando los puños con rabia.

—preguntó, apretando los puños con rabia.

El jefe del satánico grupo respondió:

—No debe preocuparse por Brigitte, doctor Drut. Ella está perfectamente.

—¿Adónde la habéis llevado, malditos?

—Está arriba, en una de las habitaciones del piso alto, acostada en una blanda cama. Le inyectamos una droga para que no recuerde nada de lo sucedido cuando despierte. No sabrá que vino con usted a esta casa, y que nosotros le atrapamos.

—No podrá recordarlo cuando esté despierta, pero lo recordará en sueños.

—¿Y quién hace caso de los sueños? Suelen ser extraños, confusos, disparatados... Casi nunca se ajustan a la realidad.

—Yo sí hice caso de las pesadillas de Brigitte. Y me ayudaron a descubrirlo todo.

—Es usted un tipo inteligente, doctor Drut, tengo que reconocerlo.

—Muchas gracias.

—No, no me las dé, puesto que de poco le va a servir ser tan listo y tan sagaz.

—Habéis decidido eliminarme, ¿no?

—Sí, no tenemos elección. La droga, con usted, no serviría. Es un tipo muy peligroso, y no podemos arriesgamos a que nos cree nuevamente dificultades.

—¿Qué clase de muerte me habéis reservado?

—¿De verdad quiere saberlo?

—Sí, siento curiosidad.

—No será una muerte agradable, doctor Drut.

—La muerte nunca es agradable, amigo.

—Sí, eso es cierto. Aunque se puede morir más o menos rápidamente, más o menos dolorosamente, más o menos angustiosamente...

—Al grano, compañero.

El jefe de los adoradores de Satán comunicó: —Te sacrificaremos en honor de Satán, nuestro Señor. Abriremos lentamente tu pecho con nuestras dagas, te arrancaremos el corazón, lo pondremos en una copa, y se lo ofreceremos a Satán. Después, todos nosotros beberemos tu sangre en esa misma copa.

—Pues sois un poco cochinos.

—Beber sangre humana, recién extraída del cuerpo, caliente todavía, es una verdadera delicia para nosotros, se lo aseguro.

—Y yo te creo, porque sé que estás como una cabra. Lo mismo que tus compañeros.

Todos estáis locos.

—Se equivoca, doctor Drut. Somos personas normales y corrientes.

—Las personas normales y corrientes no arrancan corazones a seres vivos, ni beben sangre humana. Hay que estar como una regadera para cometer semejantes monstruosidades.

—Veo que es inútil discutir con usted, doctor Drut. Será mejor que lo

dejemos.

—¿Vais a arrancarme ya el corazón?

—No, lo haremos esta noche. A las doce en punto. Es la hora de los sacrificios humanos.

—¿A cuántas personas inocentes habéis asesinado ya?

—No llevamos la cuenta.

—¿Y qué hacéis con sus cuerpos?

—Los enterramos, naturalmente.

—Pandilla de canallas… —mascculló Gastón.

—Servimos a Satán, doctor Drut. Eso es todo.

—¿Qué será de Brigitte, cuando…?

—¿Cuando tenga el hijo?

—Sí.

—Cuidará de él, naturalmente. Lo amamantará, le cambiará los pañales, le echará polvos en el culito… Lo que hace cualquier madre con su bebé.

Gastón puso cara de sorpresa.

—¿Será un niño normal…?

—Aparentemente, sí. Pero, cuando él lo desee, podrá tomar la apariencia de su padre, el poderoso Satán. Su poder también será infinito. De hecho ya lo es, puesto que se está formando en el vientre de su madre con una rapidez asombrosa. Fue concebido el domingo por la noche, y ya tiene el tamaño de un feto de tres meses, como usted y el doctor Moreau pudieron comprobar. Dentro de un par de semanas, todo lo más, abandonará el seno de su madre, y tendrá el tamaño de un bebé normal de nueve meses.

—Es asombroso… —musitó Gastón.

—Desde luego.

De pronto, Gastón dio un respingo.

—¿Cómo sabéis que el doctor Moreau...?

El jefe del grupo satánico emitió una risita.

—Estamos enterados de todo, doctor Drut.

—Teníais vigilada a Brigitte, ¿eh?

—Efectivamente. Sophie Bodet se ocupaba de ello.

—¿Quién es Sophie Bodet?

—Yo —respondió una de las mujeres encapuchadas.

El jefe del grupo explicó:

—Sophie vive en el mismo edificio que Brigitte. En el apartamento de enfrente, exactamente. Por ella supimos que Brigitte había ingresado en la clínica del doctor Moreau, acompañada por usted. Adivinamos para qué, pero no nos preocupamos demasiado. Sabíamos que el hijo de Satán no se dejaría destruir, que los aterrorizaría a todos con su poder, cuando intentasen provocar el aborto. Y no nos equivocamos. Lo que sí tendremos que hacer, es ocuparnos del doctor Moreau y de Noelle Pascal, la enfermera que le ayuda en el quirófano. Debemos cerrarles la boca a los dos para que no puedan contar a nadie lo que ocurrió en el quirófano.

Gastón se estremeció.

—No es necesario que los matéis, ellos no dirán nada, están los dos demasiado asustados.

—Sí, sabemos que lo están. Pero cuando el doctor Moreau vea que usted y Brigitte no vuelven por su clínica, sospechará que les ha ocurrido algo y avisará a la policía, lo cual no nos conviene. Por eso no tenemos más remedio que eliminarlos. Como a usted, doctor Drut. Y, puesto que tienen que morir, nada mejor que ofrecer sus vidas como sacrificio a Satán.

—¡No, ellos, no! —gritó Gastón, agitándose sobre la alargada mesa en la que estaba predestinado a morir.

—Sí, doctor Drut, ellos también. Correrán los tres la misma suerte, uno detrás de otro.

Les arrancaremos el corazón y beberemos su sangre. El poderoso Satán, nuestro Señor, se sentirá muy satisfecho de nosotros. Le

ofrecemos tres vidas humanas, en una misma noche. Las de las personas que intentaron destruir a su hijo. Se pondrá muy contento, estoy seguro.

—¡Locos! ¡Canallas! ¡Asesinos! —rugió Gastón, tensos todos los músculos de su joven y vigoroso cuerpo.

El jefe de los adoradores de Satán rió, y los demás encapuchados corearon sus carcajadas.

Después, abandonaron todos el sótano, dejando solo a Gastón.

CAPITULO XI

Gastón Drut no se resignaba a su suerte.

No quería que los adoradores de Satán le abriesen el pecho con sus dagas, le arrancasen el corazón y bebiesen su sangre.

No quería morir de esa manera, ni deseaba que el doctor Moreau y Noelle Pascal tuviesen también ese horrible fin.

Tampoco quería que Brigitte Coster trajese al mundo al hijo de Satán.

¡Tenía que impedirlo!

¡Tenía que destruir a ese maldito engendro del demonio!

Y nunca mejor empleada la expresión, puesto que realmente lo había engendrado el propio Satán.

Ese instante, el de la posesión del cuerpo desnudo e indefenso de Brigitte, era el que la muchacha habla recordado en sus pesadillas como una lucha suya contra un horrible monstruo, un ser realmente espantoso, con cuernos y ojos de fuego, boca escalofriante, peludo como un oso, con garras de acero...

Bajo esa horripilante apariencia física se había materializado Satán, al ser invocado por sus fieles adoradores, y había poseído a la infortunada Brigitte, cuyo pecho llenó de arañazos con sus poderosas garras.

No, Gastón Drut no podía permitir que todo aquel horror siguiera adelante.

¡Tenía que soltarse!

¡Tenía que escapar!

Firmemente decidido a conseguirlo, tensó al máximo sus músculos pectorales y los de los brazos, y trató de vencer la dura resistencia de las correas que sujetaban sus muñecas.

Con los dientes fuertemente apretados, los ojos cerrados y el rostro contraído, pidió fervorosamente a Dios que le ayudara a romper las sólidas correas.

Se lo pidió con el pensamiento, claro.

No olvidaba lo que había pasado antes, cuando él pronunció el

nombre de Dios en aquel satánico templo, y temía que se escuchara otro terrible trueno, si lo pronunciaba de nuevo.

Los músculos del médico se habían hinchado tanto que parecían a punto de estallar.

Tenía la cara muy roja y brillante de sudor. También el pecho y los brazos le brillaban, por la misma causa.

Sin embargo, las correas no cedían.

Gastón Drut tenía mucha fuerza, pero las correas tenían más y no podía hacerlas saltar.

Agotado por el largo y titánico esfuerzo, el médico aflojó la tensión de sus músculos y se relajó totalmente.

Pero era sólo un descanso.

Después, volvería a la carga.

Las malditas correas tenían que ceder, tarde o temprano, si él continuaba forzándolas con todas sus fuerzas, todo su vigor y toda su energía.

Justo en el instante en que se disponía a realizar una segunda intentona, tras los breves minutos de descanso, vio descender a un encapuchado por la escalera de caracol.

Gastón, lógicamente, tuvo que aplazar el nuevo intento de romper la resistencia de las correas.

El encapuchado se acercó a la mesa de sacrificios.

Por su estatura y complexión, Gastón supo que no era el jefe del grupo.

—Lo está pasando mal, ¿eh, doctor Drut? —dijo el individuo.

—No muy bien, desde luego —rezongó Gastón.

—Pues aún lo va a pasar peor.

—Lo sé.

—No, no me refiero a esta noche, sino a ahora.

—¿Qué quiere decir?

El tipo se despojó de la capucha y mostró su cara, que ofrecía muy mal aspecto, pues tenía la nariz y los labios muy hinchados y amoratados.

—¿Sabe quién me hizo esto, doctor Drut?

—Yo diría que te coceó una mula.

Los ojos del individuo centellearon.

—No me coceó una mula, me coceó usted.

—Oh, ya recuerdo. Fuiste tú quien me agarró de la pierna para que no me pusiera en pie.

—Exacto. Y usted me dio una patada en la cara, con la otra pierna.

—Yo también recibí golpes, y no me quejo.

—He venido a vengarme, doctor Drut.

—No es para tanto, hombre. Mañana, cuando te levantes, tendrás una cara normal, ya verás.

El tipo se acercó a la pared y tomó una de las velas negras que iluminaban el sótano.

—¿Para qué quieres eso? —preguntó Gastón.

—Voy a quemarle los pies, doctor Drut.

Gastón no pudo evitar un estremecimiento.

—No seas salvaje, hombre.

—Me deleitaré los oídos con sus alaridos de dolor.

—A Satán no le gustará que me sacrifiquéis con los pies negros.

—¿Por qué no?

—Vamos, sé buen chico y deja esa vela donde estaba.

El individuo sonrió, aunque sin mover apenas los labios, porque le dolían mucho, lo mismo que la napia.

—Está asustado, ¿eh, doctor?

—¿No lo estañas tú, en mi lugar?

—Supongo que sí. Pero, por suerte para mí, no estoy en su lugar, y son sus pies los que van a recibir las quemaduras, no los míos.

—Qué perra has cogido con lo de quemarme los pies.

—Nada ni nadie podrá librarle de ello, doctor Drut —aseguró el sujeto, y se situó frente a la mesa de sacrificios.

Gastón agitó nerviosamente sus desnudos pies.

—Parece que la cosa va en serio, ¿eh? —rezongó.

—Muy en serio, doctor.

—Eres un pedazo de bestia, ¿no lo sabías?

—Como aperitivo, le dejaré caer un par de gotas de cera ardiente en el empeine de uno de sus pies. ¿Qué le parece la idea?

—No me gusta nada.

—Lo suponía —sonrió el tipo, e inclinó la gruesa vela sobre el empeine del pie izquierdo del médico.

Cayeron dos o tres gotas de cera caliente.

Gastón dio un grito y encogió el pie.

—¡Maldito hijo de perra! —barbotó — . ¿Por qué no te echas tú unas cuantas gotas de cera ardiente donde yo estoy pensando?

El individuo rió, con los labios casi juntos.

—Me ha dado una idea, doctor Drut.

—¿Qué?

—Sí, voy a dejarle caer unas gotas de cera ahí donde usted pensó.

—¡Olvídalo! ¡Era sólo una broma!

—No, sé que no lo dijo en broma. La única diferencia es que usted se refería a mí, y va a ser usted quien reciba unas cuantas gotas de cera caliente en tan delicado lugar.

—¡Quieto, animal! —gritó Gastón, al ver que el tipo hacía ademán de bajarle el slip.

El individuo no le hizo caso.

Estaba muy decidido a vengarse, y cuanto más dolor le causara al indefenso médico, más satisfecho se sentiría.

Por suerte para Gastón, otro encapuchado apareció en aquel momento por la escalera de caracol. Esta vez se trataba de una mujer, según denunciaban sus pronunciados relieves pectorales.

—¿Qué estás haciendo, Fernand...? —exclamó la adoradora de Satán, parándose al pie de la escalera.

El tipo, que ya había empezado a tirar del slip de Gastón, dio un respingo y se apresuró a soltar el elástico de la prenda.

—Nada, Sophie —respondió nerviosamente—. Sólo estaba asustando un poco al matasanos.

—¿Por qué te has quitado la capucha?

—Para que el médico viera cómo me dejó la cara con su patada.

—Querías vengarte, ¿eh?

—Bueno, yo...

—Sube arriba. Jean-Marc quiere verte.

—Voy en seguida —respondió Fernand, disimulando la contrariedad que le había producido la inoportuna aparición de Sophie Bodet.

Dejó la vela en su sitio, y abandonó el sótano. Sophie se acercó a la mesa de sacrificios.

—¿Le hizo algún daño Fernand, doctor Drut?

—No, sólo me dejó caer un par de gotas de cera caliente en el empeine del pie izquierdo.

—Qué bruto.

—Pues si no llegas a aparecer tú tan oportunamente, me hubiera quemado algo peor.

Sophie Bodet se fijó en el slip del médico, ligeramente bajado.

—Me alegro de haber llegado a tiempo.

—Más me alegro yo.

—Es una pena que tengamos que matarle, ¿sabe?

—¿Por qué dice eso? ¿Lo siente, acaso...?

—Oh, sí, mucho. Es usted un hombre fuerte y atractivo, doctor Drut. De los que gustan a las mujeres.

—¿Te gusto a ti?

—Ya lo creo.

—Entonces, suéltame las correas.

—Está loco.

—Hazlo, te lo suplico.

—No puedo y usted lo sabe.

—¿Prefieres que me arranquen el corazón y se beban mi sangre?

—No lo prefiero, pero es inevitable. Jean-Marc lo decidió así, y yo no puedo hacerle cambiar de idea.

—Sophie...

—No insista, doctor. Me es imposible ayudarle.

—No iba a insistir, sino a pedirte algo.

—¿El qué?

—Me gustaría que te despojases de la capucha.

—¿Para qué?

—Quiero ver tu rostro.

—¿De veras?

—Intuyo que tienes una cara preciosa.

—Se equivoca. La tengo llena de granos.

—No puedo creer que parezcas un plato de paella. Sophie Bodet rió.

—Eso ha tenido gracia, doctor.

—Por favor, quítate la capucha. Sólo un minuto.

—Está bien, le complaceré —accedió Sophie, y se arrancó el negro capuchón.

Gastón se quedó mirándola, como embobado.

Sophie Bodet aparentaba unos veintitrés años de edad, tenía el cabello rubio y tenía unos maravillosos ojos azules, amén de unos labios carnosos y sensuales. De granos, por supuesto, nada.

Su cutis no podía estar más terso y más suave. Era una preciosidad de chica.

—¿Defraudado, doctor Drut...? —preguntó ella, con una descarada sonrisa.

—Sospechaba que eras hermosa, pero no tanto.

—Muy galante.

—Ahora aún siento más tener que morir.

—¿Por qué?

—Tú y yo podríamos pasarlo en grande, Sophie.

—Seguro que sí. Pero me temo que no podrá ser, doctor.

—Si tú quisieras...

—Otra vez va a pedirme que le suelte.

—Dijiste que te gusto, Sophie. Y tú a mí también me gustas una barbaridad.

—Y eso que sólo me ha visto la cara...

—Adivino todo lo demás.

—¿Le basta con adivinarlo, o prefiere que me despoje de la túnica?

—Oh, no, no es necesario, Sophie.

—Me verá desnuda esta noche, como a todos los demás, porque nos quitamos las túnicas para llevar a cabo los sacrificios. Pero, como entonces no podrá usted disfrutar del espectáculo porque estará pensando en otras cosas, me despojaré de la túnica ahora.

Dicho y hecho.

Gastón contempló el magnífico cuerpo de Sophie Bodet, completamente desnudo.

Ella se arrodilló junto a él y comenzó a acariciarle el pecho, muy suavemente.

—¿Le apetece hacer el amor conmigo, doctor Drut...? — preguntó, con lasciva sonrisa, y antes de que Gastón respondiera que sí o que no, ya lo estaba besando en los labios con inusitado ardor.

CAPITULO XII

El doctor Moreau no había realizado ninguna operación en toda la mañana. No se hallaba en condiciones, y hubiera sido muy arriesgado empuñar el bisturí.

Las manos todavía le temblaban, después de lo sucedido en el quirófano, cuando intentaba provocar el aborto del ser que se estaba desarrollando en el útero de Brigitte Coster.

No podía olvidar los gruñidos y el rugido final que surgiera de las mismas entrañas de Brigitte, como tampoco el increíble salto que diera el cuerpo desnudo de la muchacha sobre la mesa de operaciones, obligado por la violenta convulsión.

Noelle Pascal tampoco podía olvidarlo.

Se encontraba en el despacho médico del doctor Moreau, tan preocupada como el prestigioso cirujano. El color apenas había vuelto al bonito rostro de la eficiente enfermera, y sus manos, como las de Julien Moreau, temblaban todavía ligeramente.

—Es increíble, ¿verdad, Noelle? —murmuró el cirujano.

—De pesadilla, doctor Moreau —respondió la enfermera.

—La que tuvo anoche Brigitte Coster, se convirtió esta mañana en realidad.

—¿Serán reales también las otras pesadillas que tuvo Brigitte a lo largo de la semana, doctor?

—Tal vez sí. El doctor Drut, desde luego, está convencido de ello. Ya te conté que él y Brigitte salieron en busca de ese solitario camino y de ese viejo caserón que ella vio en sueños. Si existen realmente y logran dar con ellos, es posible que se aclare todo este misterio.

Noelle iba a decir algo, cuando sonó el teléfono.

Julien se apresuró a responder a la llamada, pensando que tal vez fuera Gastón.

—¿Diga?

—¿El doctor Moreau…? —preguntó una voz masculina.

—Sí, al aparato. ¿Con quién hablo?

—Con una de las personas que tienen en su poder al doctor Drut y a Brigitte Coster.

Julien palideció.

—Dios mío... —musitó apenas.

Noelle se asustó.

—¿Qué sucede, doctor Moreau...? —preguntó.

El cirujano, con el gesto, le rogó que guardara silencio.

Después, preguntó al tipo que le hablaba a través del hilo telefónico:
—¿Los han secuestrado ustedes?

—Bueno, digamos que ellos se metieron en nuestros dominios, dispuestos a husmear, y ahora no los dejamos salir.

—¿Qué exige a cambio de su libertad?

—Sólo una cosa. Que usted, doctor Moreau, y Noelle Pascal, su joven y eficiente enfermera, vengan a reunirse con nosotros, con el doctor Drut, y con Brigitte Coster.

—¿Qué es lo que pretenden?

—Verá, doctor Moreau. El doctor Drut, usted, y su enfermera, saben ciertas cosas sobre Brigitte Coster que nosotros queremos que olviden completamente. Para conseguirlo, sólo tenemos que inyectarles una droga. Ella se encargará de borrar todo eso de su memoria. Después, los dejaremos en libertad a los cuatro, y cada uno de ustedes reanudará normalmente sus actividades.

—¿Seguro que nos dejarán en libertad?

—Le doy mi palabra, doctor Moreau. No queremos causarles ningún daño. Lo único que pretendemos es que no nos creen ustedes dificultades.

—Está bien, dígame dónde tenemos que ir.

—Tomen la carretera que conduce a Orleáns. En un determinado kilómetro de la misma, nosotros les interceptaremos con nuestro coche y los conduciremos al lugar en donde se encuentran Drut y Brigitte Coster.

—De acuerdo.

—Salgan ahora mismo, doctor Moreau. Y, por favor, no cometa el error de avisar a la policía. Nosotros lo descubriríamos y nos veríamos obligados a asesinar fríamente al doctor Drut y a Brigitte Coster.

Julien sintió frío en la espalda.

—No hablaré con la policía, no se preocupen.

—Eso esperamos, doctor Moreau —repuso el individuo, y cortó la comunicación.

El cirujano colgó lentamente el teléfono y miró a su enfermera, muy pálida.

Noelle Pascal, terriblemente nerviosa, preguntó: —¿Qué ha ocurrido, doctor Moreau?

Julien se lo contó todo.

—Oh, cielos… —musitó la enfermera, tan pálida como el cirujano.

—Tenemos que ir, Noelle. Las vidas de Gastón y Brigitte están en juego. Si no acudimos, los matarán.

—¿No ha pensado que quizá nos maten a los cuatro, doctor Moreau?

—Si, claro que lo he pensado. Pero no tenemos alternativa, Noelle. Debemos arriesgamos.

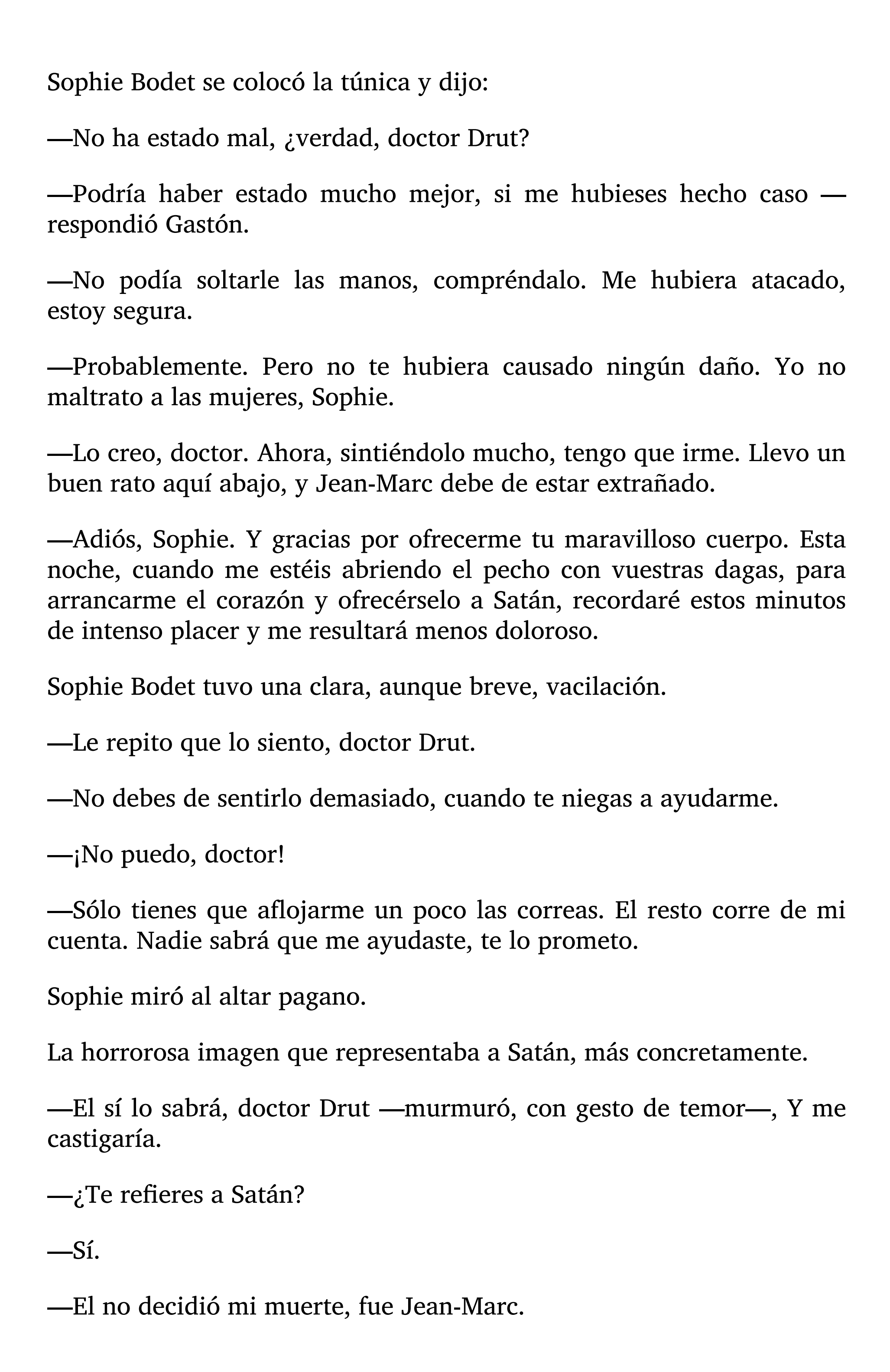
—Avisemos a la policía.

—El tipo me advirtió que…

—No haga caso, doctor Moreau. La policía es la única que puede rescatar al doctor Drut y a Brigitte Coster. Nosotros solos nunca lo lograremos.

Julien Moreau, tras unos segundos de vacilación, decidió: —De acuerdo, Noelle. Llamaré a la policía. Y espero que ideen rápidamente un plan para caer por sorpresa sobre esa gentuza, antes de que puedan hacemos ningún daño a nosotros o a Gastón y Brigitte.

*



Sophie Bodet se colocó la túnica y dijo:

—No ha estado mal, ¿verdad, doctor Drut?

—Podría haber estado mucho mejor, si me hubieses hecho caso —respondió Gastón.

—No podía soltarle las manos, compréndalo. Me hubiera atacado, estoy segura.

—Probablemente. Pero no te hubiera causado ningún daño. Yo no maltrato a las mujeres, Sophie.

—Lo creo, doctor. Ahora, sintiéndolo mucho, tengo que irme. Llevo un buen rato aquí abajo, y Jean-Marc debe de estar extrañado.

—Adiós, Sophie. Y gracias por ofrecerme tu maravilloso cuerpo. Esta noche, cuando me estéis abriendo el pecho con vuestras dagas, para arrancarme el corazón y ofrecérselo a Satán, recordaré estos minutos de intenso placer y me resultará menos doloroso.

Sophie Bodet tuvo una clara, aunque breve, vacilación.

—Le repito que lo siento, doctor Drut.

—No debes de sentirlo demasiado, cuando te niegas a ayudarme.

—¡No puedo, doctor!

—Sólo tienes que aflojarme un poco las correas. El resto corre de mi cuenta. Nadie sabrá que me ayudaste, te lo prometo.

Sophie miró al altar pagano.

La horrorosa imagen que representaba a Satán, más concretamente.

—El sí lo sabrá, doctor Drut —murmuró, con gesto de temor—, Y me castigaría.

—¿Te refieres a Satán?

—Sí.

—El no decidió mi muerte, fue Jean-Marc.

—Para el caso, es lo mismo.

—Te lo suplico, Sophie. Ayúdame, no quiero morir.

La muchacha se tapó los oídos para no escuchar las palabras del médico.

—¡No insista, doctor Drut! ¡No quiero oírle, porque temo que acabe convenciéndome, y la cólera de Satán caería sobre mí!

Dicho esto, Sophie Bodet echó a correr hacia la escalera de caracol.

—¡Sophie! —la llamó Gastón, que había llegado a albergar esperanzas de que la adoradora de Satán le ayudara a escapar del horrible fin que el tal Jean-Marc le tenía reservado.

No sirvió de nada.

Sophie Bodet no se detuvo.

Ni siquiera volvió la cabeza.

Alcanzó la escalera y subió rápidamente por ella, desapareciendo.

Desaparecieron, también, las esperanzas que tenía Gastón de que Sophie le ayudara a escapar.

Tendría que recurrir de nuevo a sus músculos.

Con su fuerza, y la ayuda de Dios, conseguiría romper las correas y abandonar aquel siniestro sótano.

*

La segunda intentona de Gastón Drut no había dado resultado.

Las sólidas correas se negaban a saltar, aunque el médico creyó notar que habían empezado a ceder, si bien ligeramente. Tan ligeramente, que no estaba seguro de si las correas habían cedido realmente algo, o simplemente lo había imaginado, llevado de su desesperado deseo de romperlas y escapar de aquel templo satánico.

Gastón, chorreante de sudor, se tomó un breve descanso y nuevamente

volvió a la carga.

El tercer intento le demostró que sí, que la resistencia de las correas empezaban a ceder. Y, ahora, de forma clara.

Gastón, esperanzado, descansó unos minutos y luego tensó nuevamente sus poderosos músculos, forzándolos al máximo.

Estaba a punto de relajarse de nuevo, tras el prolongado y desesperado intento, cuando una de las correas saltó, incapaz de resistir por más tiempo la terrible presión a que estaba siendo sometida.

Gastón casi da un grito de alegría.

¡Lo había conseguido!

¡Tenía una mano libre!

¡Podía abandonar la mesa de sacrificios!

CAPITULO XIII

Efectivamente.

Con su mano libre, que era la derecha, Gastón Drut soltó la correa que sujetaba su muñeca izquierda. Después, incorporó el torso, mojado de sudor, y procedió a soltar las correas que cercaban sus tobillos.

Lo hizo con mucha rapidez.

Tenía que estar totalmente libre, antes de que apareciera alguno de los adoradores de Satán y diera la alarma.

Gastón saltó de la mesa de sacrificios y se vistió en un santiamén.

Después, buscó algún objeto contundente con el que poder defenderse.

En el altar pagano, había una barra dorada, de la que pendía la cortina roja que cubría la parte inferior del mismo.

Gastón, sin dudarlo un instante, fue por ella.

No le resultó difícil arrancar la barra y dejarla sin cortina.

Con la barra en las manos, corrió hacia la escalera.

Justo cuando la alcanzaba, oyó que la puerta del sótano se abría.

Gastón se alegró.

Con la puerta cerrada por fuera, como sin duda la dejó Sophie Bodet al salir del sótano, él no hubiera podido escapar del templo satánico.

Ahora, sería diferente.

El cerrojo no estaba echado, y seguiría así hasta que saliesen los adoradores de Satán que estaban descendiendo ya la escalera de caracol.

Pero no saldrían.

Gastón se encargaría de eso.

Ya se había ocultado al pie de la escalera, con la barra metálica a punto para repartir buenos golpes.

Dos encapuchados aparecieron.

Y los dos eran varones.

Al encontrarse vacía la mesa de sacrificios, ambos se quedaron paralizados por la sorpresa.

Gastón descargó la barra metálica sobre la cabeza de uno de los tipos, con tantas ganas, que el individuo no necesitó más golpes. Se desplomó en el acto, sin emitir el más leve gemido, y quedó tendido en el suelo.

El otro sujeto quiso reaccionar, pero Gastón no le dio tiempo.

Le incrustó la punta de la barra en el estómago, y cuando el encapuchado se dobló, rugiendo de dolor, le arreó con la barra en toda la testa.

El adorador de Satán cayó fulminado por un rayo, y quedó tan quieto como su compañero.

—Dos enemigos menos —murmuró Gastón, y subió rápidamente la escalera, con la barra metálica por delante.

La puerta del sótano estaba cerrada, pero, como ya suponía el médico, el cerrojo no estaba echado. Gastón la abrió lentamente y observó al exterior.

No vio a nadie.

Gastón acabó de abrir la puerta y salió.

El vestíbulo estaba solitario, pero se oían voces arriba, en la planta superior.

Gastón fue hacia la escalera que conducía al piso alto, no sin antes cerrar la puerta del sótano, para que los dos tipos que dormían abajo no pudiesen salir, caso que se despertasen, lo cual todavía tardaría en suceder, porque les habla atizado muy duro a ambos.

Alcanzó la escalera y empezó a subir los peldaños.

En la planta superior a Brigitte Coster.

No podía irse sin ella.

Tania que rescatarla, costase lo que costase.

Justo cuando estaba a punto de llegar arriba, aparecieron de pronto dos nuevos encapuchados. En esta ocasión, se trataba de un hombre y una mujer.

Gastón no se anduvo con miramientos y les cascó a los dos con la barra metálica, en un ataque realmente centelleante. Tenía que ser así, para no darle tiempo a gritar.

Ambos encapuchados se derrumbaron, aunque el hombre tuvo peor suerte que la mujer, pues cayó rodando por las escaleras, mientras que la mujer quedó tendida arriba.

La caída del tipo por la escalera fue bastante más ruidosa de lo que Gastón hubiera deseado. Pero, en fin, la cosa ya no tenía remedio.

Si aparecían más adoradores de Satán, conocerían también la dureza de la barra dorada.

En efecto, aparecieron más encapuchados.

Cinco, exactamente.

Eran todos los que quedaban.

Los otros cuatro —dos hombres y dos mujeres—, habían ido a interceptar el coche del doctor Moreau.

Entre los cinco adoradores de Satán que quedaban en la casa —dos hombres y tres mujeres—, se hallaba Jean-Marc, el jefe del grupo, quien rugió: —¡Maldición! ¡Tenemos que cogerle de nuevo!

—¡Esta vez no sois tantos! —dijo Gastón, y les atacó con la barra metálica.

De un tremendo golpe en el cráneo, dejó sin sentido al hombre que acompañaba a Jean-Marc, lo cual asustó a las tres mujeres, que tenían más ganas de huir que de cualquier otra cosa.

A pesar de ello, intentaron sujetar al médico.

Gastón les atizó con la barra.

—¡Lo siento, chicas, pero no tengo elección! —dijo, a modo de disculpa.

Jean-Marc no quiso hacer frente al médico.

Sabía cómo obligarle a rendirse: amenazándolo con matar a Brigitte Coster.

El jefe del grupo satánico se introdujo velozmente en la habitación

donde tenían inconsciente a la muchacha.

Gastón pareció adivinar las intenciones de Jean-Marc, pues se lanzó tras él como una flecha.

—¡No huyas, gallina!

Las tres mujeres no pudieron hacer nada por retener al médico, puesto que yacían en el suelo, sin sentido.

Cuando Gastón irrumpió en la habitación, Jean-Marc había empuñado ya una daga y estaba a punto de atravesar con ella el pecho de Brigitte.

—¡Quieto, doctor Drut! —ordenó el tipo—. ¡Suelte esa barra metálica o mato a Brigitte!

Gastón, tras un ligero titubeo, sonrió y repuso: —¿Matar tú a la mujer que va a tener un hijo de Satán…? No creo que te atrevas, amigo.

Jean-Marc, que no había contado con que el médico le replicara de esa manera tan inteligente, se olvidó de Brigitte Coster y atacó a Gastón con su daga.

—¡Acabaré contigo, maldito!

Gastón le dio un golpe en el brazo derecho, con el extremo de la barra, y le hizo soltar la daga, al tiempo que le arrancaba un aullido de dolor.

Jean-Marc intentó recuperar la daga, pero Gastón le atizó de nuevo con la barra, ahora en la cabeza, y el jefe del grupo satánico perdió el conocimiento en el acto, quedando desmadejado en el suelo.

*

La policía francesa, desarrollando un audaz e inteligente plan, había conseguido detener a los cuatro adoradores de Satán que interceptaran el coche del doctor Moreau.

Los dos hombres y las dos mujeres habían «cantado», naturalmente, y la policía se disponía ya a asaltar el viejo y solitario caserón, para capturar al resto de los miembros del grupo satánico y rescatar a

Gastón Drut y Brigitte Coster.

No fue necesario, sin embargo, pues en ese preciso momento, Gastón salía de la casa, llevando en brazos a la inanimada Brigitte.

—¡Gastón! —exclamó el doctor Moreau.

—¡Julien! —respondió Gastón, sorprendido.

Mientras los dos médicos se contaban mutuamente lo que les había sucedido, Noelle Pascal se hizo cargo de Brigitte Coster y la policía se ocupó de los nueve adoradores de Satán que Gastón había dejado inconscientes a golpes de barra metálica.

El doctor Moreau, lógicamente, se llenó de terror al oír que Satán era el padre del hijo que se estaba desarrollando en el vientre de Brigitte.

—¡No podremos destruirlo, Gastón!

—Tenemos que conseguirlo, Julien. Aunque nos cueste la vida —respondió Drut.

*

Brigitte Coster se hallaba de nuevo sobre la mesa de operaciones.

Esta vez, además de anestesiada, la muchacha se hallaba fuertemente atada a la mesa, para que su cuerpo desnudo no pudiera brincar cuando el hijo de Satán empezara a defenderse de los hombres que querían destruirlo.

En el quirófano, sólo estaban el doctor Moreau, Gastón Drut y Noelle Pascal, como la otra vez.

—¿Listo, Julien? —preguntó Drut.

—Listo, Gastón —respondió Moreau, en tono grave.

Drut le oprimió el hombro.

—Animo. Con la ayuda de Dios, todo saldrá bien. Y su ayuda no nos puede faltar, porque El tampoco quiere que un hijo de Satán siembre el terror en el mundo.

—Seguro que no.

El doctor Moreau tomó el aparato ginecológico y se dispuso a colocárselo a Brigitte.

Como ya suponían, el hijo de Satán empezó a gruñir, para aterrorizarles, pero como eso no sirvió de nada, se olvidó de los gruñidos y empezó a rugir.

El doctor Moreau, venciendo su terror, colocó el aparato.

Las convulsiones del cuerpo desnudo de Brigitte se sucedían, pero como la muchacha estaba bien atada, ello no impidió al cirujano colocar las cánulas y provocar el aborto.

El hijo de Satán luchó hasta el último segundo por evitar su destrucción, pero no le fue posible. Sus escalofriantes rugidos y las contracciones violentas del cuerpo de su madre, no fueron suficientes, y el doctor Moreau dio buena cuenta de él, librando al mundo de una serie de horrores indescriptibles.

E P I L O G O

Cuando Brigitte Coster despertó, Gastón Drut le contó todo lo que había pasado sin omitir nada.

—Ya puedes estar tranquila, Brigitte. El hijo de Satán ha sido destruido, y tú te encuentras perfectamente. El doctor Moreau asegura que todo está normal. Podrás tener hijos, si lo deseas. Todos los que quieras.

La muchacha, muy asustada, recordó:

—Satán me eligió a mí para darle un hijo. ¡Puede intentarlo de nuevo, doctor Drut!

¡Volverá a poseerme!

Gastón la cogió por los hombros con suavidad, aunque con firmeza.

—Tranquilízate, Brigitte. Eso no sucederá, y voy a explicarte por qué. No fue Satán quien te eligió, sino Jean-Marc, el jefe del grupo satánico.

—¿Qué?

—Sí, fue él, Brigitte. Los adoradores de Satán buscaban una mujer joven y atractiva.

Sophie Bodet, tu vecina, le habló a Jean-Marc de ti, de tu trabajo, de tus estudios... Y

Jean-Marc decidió que eras la mujer ideal para invocar a Satán y pedirle que te poseyera.

Eres soltera, no tienes novio, no sales con amigos, no mantienes relaciones sexuales con nadie desde hace más tres años, como tú misma me confesaste... Sophie se enteró de que ibas a pasar el fin de semana en Orleáns, con tu tía, y lo prepararon todo para atraparte a tu vuelta. Sophie se apoderó de un objeto tuyo. Lo necesitaban para invocar a Satán y pedirle que desviara tu coche de la carretera y lo guiara hasta el caserón que ellos ocupaban. Satán lo hizo, y... Bueno, lo demás ya lo sabes.

Brigitte Coster esbozó una leve sonrisa.

—Me tranquiliza un poco el saber que no fui elegida por Satán.

—Ni lo fuiste, ni lo serás nunca. Serás elegida, pero por un hombre normal y corriente, de carne y hueso, que te quiera, que desee casarse contigo, formar un hogar, tener hijos... Y me parece que ya has sido elegida por él.

Brigitte Coster sintió que el corazón se le ensanchaba.

—¿Se me está declarando, doctor Drut...?

—En toda la regla.

—¿Se refiere a la de cálculo?

Gastón rompió a reír.

—¡Me has devuelto la pelota, Brigitte!

La muchacha también rió.

Poco después, unían sus bocas en un largo y profundo beso.

Brigitte Coster se había enamorado de Gastón Drut y se sentía muy feliz de que él la hubiera elegido por esposa. La pesadilla había terminado.

F I N

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio ...

ROJO

suspense...

ROJO

acción ...

ROJO



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España